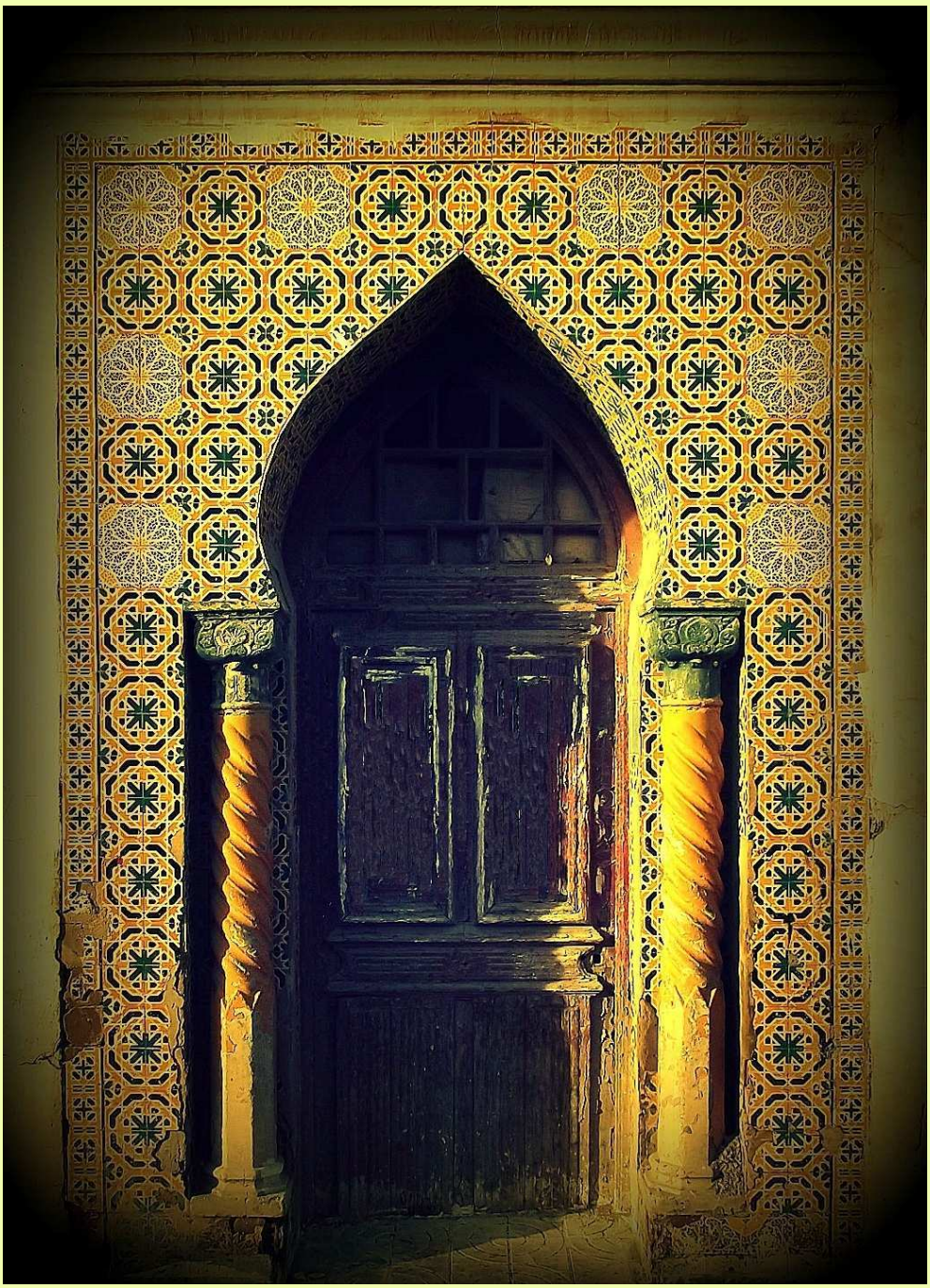
SEGUNDO TESORO

DE CUENTOS

DEL ATLAS TELLIANO



SEGUNDO TESORO

DE CUENTOS

DEL ATLAS TELLIANO

ÓSCAR ABENÓJAR

MITÁFORAS 5

MADRID, ABRIL DE 2017

ESTA SEGUNDA ENTREGA de tesoros del Atlas telliano consta de dos grandes secciones: una de cuentos maravillosos, protagonizados en su mayoría por princesas, sultanes, monstruos, ogros y ogresas; y otra de cuentos realistas y de ingenio, cuyo propósito, por lo general, es el de provocar la risa en el oyente. En esta última sección, se ha incluido un apartado reservado exclusivamente al ciclo de Yohá, el famoso *trickster* –granuja y astuto unas veces, bobo e ingenuo otras– tan característico de muchos países donde el islam tiene o ha tenido una presencia importante.

En las páginas del prólogo de este *Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano* se abre un camino para la reflexión acerca de las antologías sobre narrativa tradicional. En concreto, se exponen las dificultades y las paradojas que plantea plasmar en negro sobre blanco un género oral, como es el cuento tradicional, que nace para ser transmitido por la voz, y no por la letra escrita.

ÓSCAR ABENÓJAR es profesor en el Departamento de Español de la Universidad Politécnica de Pekín (BIT).

Queda permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, siempre que sea sin ánimo de lucro, y con la cita explícita y completa de estos créditos: Óscar Abenójar, *Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano*, Madrid: Mitáforas, 2017.

2017 © Óscar Abenójar
2017 © Mitáforas

ISBN: 978 84 697 2720 1

ÍNDICE

NOTA A ESTE *SEGUNDO TESORO*
(7-17)

CUENTOS MARAVILLOSOS

La princesa durmiente y la planta mágica 19
La prometida y la serpiente 24
La serpiente y la muchacha 26
La muchacha disfrazada de varón 29
El talismán 37
El hijo garbanzo 40
Los hermanos con mechones de oro 46
La hermosa hijastra y los siete cazadores 54
La mujer que cocinó a su hijastro 63
La prometida olvidada 66
La princesa muda y la muñeca de madera 70
La madre y el ogro 73
El cazador y la ogresa 75
El hijo ingrato 77
El hombre que defendió al diablo 80
El sultán y el hombre pobre 83
El sultán, la muchacha y el caftán de mármol 90
El muchacho escarmentado 92
La pareja que no abría la puerta a sus padres 93

Cuentos realistas y de ingenio

El socio del sultán y las tripas 96
La mujer holgazana 99
La esposa que no comía 100
El sabio y las vestiduras 101
El pretendiente y el trigo 104
La hija que recuperó el dinero 107
El amigo que pedía dinero prestado 110
El elefante del rey 112
El hombre respetable y el viajero 114

Ciclo de Yohá

Yohá y el pato que solo tenía una pata 117
Yohá enamorado y el corazón de la madre 119
Yohá pesa el gato 121
Yohá vende toda la casa excepto un clavo 122
Yohá no sabe adónde quiere ir 125
Yohá, el hammam y el huevo 127
Yohá, los tres amigos y el plato de moscas 129

NOTA A ESTE *SEGUNDO TESORO*

Quizá podría parecer pretencioso inaugurar este proemio diciendo que la colección de cuentos que ahora presentamos es un hito importante en los estudios de etnografía del norte de África. No nos parece, sin embargo, que la afirmación se aleje un punto de la realidad; porque las narraciones que hemos ido grabando durante los últimos siete años en el Atlas telliano y que poco a poco hemos editado y traducido al español servirán para abrir una ventana importante en nuestro país a la literatura oral de Argelia.

Esta colección se enmarca en un proyecto de gran recorrido y de altas miras, que nació allá por 2009 con el propósito de brindar un corpus de cuentos, mitos y leyendas recogido en tierras argelinas, traducido al español y editado según los cánones académicos, con el propósito de que resultara accesible y de utilidad para los especialistas hispanohablantes. Aquella semilla que plantamos hace ya siete años no tardó en germinar. Rápidamente, el caudal de cuentos, leyendas y mitos que íbamos recogiendo fue creciendo y, en la actualidad, el repertorio que hemos publicado

ya sí permite tener una panorámica general de una de las tradiciones orales más feraces de todo el Mediterráneo.

Hoy por hoy las antologías, en español, de literatura oral de Argelia ascienden a siete volúmenes[1], a lo que hay que añadir decenas de relatos traducidos a nuestra lengua que, poco a poco, van engrosando la base de datos *Littérature orale du Maghgreb*[2]. Por supuesto, el casi medio millar de narraciones orales argelinas que ha sido volcado al español no es todavía comparable a la bibliografía disponible en nuestro país sobre los mitos, los cuentos y las leyendas de las naciones de Occidente. Tampoco es suficiente, claro. Pero sí supone un gran avance; un paso de gigante, si tenemos en cuenta que antes de 2009 no existía aún publicación alguna sobre este asunto.

Precisamente, por ser ya este corpus lo bastante holgado, creemos que ha llegado el momento de ir sacando a la luz algunos problemas que hemos tenido

---

[1] Estas obras son, en orden cronológico: Óscar Abenójar (coord.), *Los chacales al bosque y nosotros al camino: literatura oral y folclore de Argelia* (Alcalá de Henares-México DF: El jardín de la voz: biblioteca de literatura oral y cultura popular, 2010), Óscar Abenójar y Ouahiba Immoune, *Cuentos populares de la Cabilia* (Madrid: Miraguano, 2014), Francisco Moscoso García, *Literatura oral de Touggourt* (Alcalá de Henares-México DF: El jardín de la voz: biblioteca de literatura oral y cultura popular, 2015), Óscar Abenójar, Ouahiba Immoune y Fatma-Zohra Menas, *La princesa cautiva y el pájaro del viento: mitos y cuentos del norte de Argelia* (Madrid: Verbum, 2015), Óscar Abenójar y Messaouda Khirennas, *Las granadas de oro y otros cuentos tradicionales del oasis del Mzab (Argelia)* (Cádiz: Q-book, 2016), *Primer tesoro de cuentos del Atlas telliano* (Madrid: Mitáforas, 2017) y *Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano* (Madrid: Mitáforas, 2017).

[2] La plataforma, a día de hoy aún en fase de pruebas, se encuentra alojada en: http://www.litteratureoraledumaghreb.com. A pesar de que el título es en francés, buena parte de los textos ha sido traducida al español.

que ir afrontando y resolviendo a lo largo de estos años de investigación. En concreto, en las próximas páginas reflexionaremos sobre la manera en que hemos tenido que adaptar los textos orales a las convenciones editoriales que imperan en el soporte escrito.

Mujer y niña bereberes. Attouche (Gran Cabilia)

Diremos, para empezar, que los relatos son presentados, en antologías como esta, de manera monolítica; es decir, traducidos a un estándar lingüístico –que es el español normativo–, colocados en un único volumen y ordenados conforme a determinados criterios que deben ser estrictos y sistemáticos. Es importante reparar en que ese proceso

de ordenación y de edición del material entraña no poco riesgo, pues algunas de nuestras decisiones pueden dar pie a que el lector extraiga conclusiones equivocadas.

Como muestra ilustrativa de ese peligro, expondremos el caso de dos textos que publicamos en *La princesa cautiva y el pájaro del viento: mitos y cuentos del norte de Argelia*. El primero de ellos, al que titulamos *La creación del mundo y la guerra entre los ángeles y los demonios*[3], es un relato cosmogónico –que nos fue narrado en árabe–, en el cual se describe cómo Dios fue creando sucesivamente la tierra, el paraíso y el fuego. El pasaje viene precedido por una batalla entre los ángeles y los demonios, que tuvo lugar en una era previa a la creación del mundo. El etnotexto que aparece a continuación, *Anzar, dios de la lluvia, y la muchacha del río*[4] fue relatado, en cambio, en cabileño, y en él se narra un encuentro amoroso –también ocurrido en tiempos míticos– entre una deidad bereber, Anzar, y una muchacha mortal.

Ambos textos fueron recogidos en el mismo lugar, Argel, y en dos fechas relativamente cercanas, el 14 de junio de 2014 el primero, y el 5 de septiembre de 2013 el segundo. Los autores los tradujeron, los editaron, y los dos acabaron en el inicio del corpus por tratarse de relatos etiológicos. Pues bien, al ser dos mitos documentados en el mismo lugar, en fechas próximas entre sí, y publicados uno a continuación del otro, más de un lector podría deducir que se trata de vestigios de una primitiva *mitología norteafricana*, en la cual convivieron un dios supremo que creó el mundo,

[3] Abenójar, Immoune y Menas, *La princesa cautiva*, pp. 57-58.
[4] Abenójar, Immoune y Menas, *La princesa cautiva*, p. 59.

los ángeles y los demonios con una divinidad de la lluvia que se unió carnalmente con una mortal.

Tal interpretación, sin embargo, nos parece del todo desatinada, pues el primer texto rezuma monoteísmo de principio a fin; mientras que el segundo está protagonizado por una deidad que, según las escasísimas versiones que se han conservado del mito, únicamente tiene potestad sobre las lluvias y los ríos. Añádase, además, que no existe constancia alguna en las fuentes antiguas de que existiera en el norte de África panteón de este tipo, presidido por un dios supremo y con una deidad de las aguas como Anzar.

Otro peligro que acecha en las compilaciones de narrativa oral es que a menudo estas aspiran a ser *representativas* de los cuentos, los mitos y las leyendas que se transmiten en determinado territorio. La trampa se esconde aquí en la idea misma de "representación"; porque ¿qué se entiendo por "los textos representativos de un lugar"? ¿Los más habituales? ¿Los más extendidos? ¿Los más bellos? ¿Los que resultan más interesantes para los estudiosos? Y ¿quién decide qué texto es representativo y cuál no? ¿El autor? ¿Los informantes? ¿La editorial?

Para confeccionar una antología de cuentos –ya sea de manera deliberada o inconsciente–, se han de seleccionar previamente los etnotextos que son tenidos como *mejores*; bien porque sean más extensos, más coherentes, más completos o más hermosos que los demás. Pero tal vez nos estemos olvidando de que –al desechar los cuentos truncos, los más breves o que contienen mayor número de incoherencias– lo que sucede, en última instancia, es que se está falseando la realidad que el investigador encontró cuando realizaba el trabajo de campo.

Si, además, pensamos en términos meramente pragmáticos y comerciales, enseguida nos vendrán a la mente algunas cuestiones que también influyen decisivamente en el contenido de las antologías, como ¿qué editorial publicaría una obra que no contuviera las versiones más extensas? ¿Cuál sería la acogida entre los lectores de una edición en la que hubiera relatos truncos? Cabe preguntarse, por tanto, en qué medida las editoriales y las expectativas de los lectores acaban por coaccionar al recopilador y por determinar el contenido de estos *corpora* de literatura oral.

Por si fuera poco, el hecho de privilegiar los relatos más largos puede suscitar una interpretación un tanto arriesgada, que consiste en presumir que los textos más extensos son los más próximos al (supuesto) *relato originario*; lo cual implica –por usar una alegoría geológica– que, a lo largo de los siglos, las narraciones van despojándose gradualmente de motivos, degradándose y erosionándose. Esta deducción pasa por alto que muchas veces los propios informantes deciden alargar las narraciones, hibridándolas con otras, explayándose en determinados pasajes o añadiendo episodios nuevos.

Pero, amén de obviar esa posibilidad de que los cuentos puedan ser alargados o acortados a voluntad del contador, esta interpretación da por sentado que existieron *textos primitivos*; y alienta, en consecuencia, a buscar aquellos relatos matriz que engendraron las primeras variantes. Este fue, por citar un ejemplo sonado, el enfoque de la escuela histórico-geográfica, formulada inicialmente en Finlandia por Anti Aarne y Kaarle Krohn, que después arraigó con vigor en Estados Unidos gracias a continuadores como Stith Thompson o Walter Anderson.

Tampoco contempla esta hipótesis que tal vez no existieran (o por lo menos no en todos los casos) tales cuentos primigenios. ¿No pudieron nacer los primeros relatos –por mencionar solo otra posibilidad– por una combinación de dos o más motivos, sobre la cual fueron solapándose sucesivamente otros motivos folclóricos?

Pero volvamos un momento al concepto de *antología*. Reflexionaremos ahora sobre una cuestión tan (aparentemente) inocente y banal como es la de elegir un título para la obra. En este sentido, lo más habitual es que en los títulos se mencione la región en que han sido recogidas las narraciones, del tipo *cuentos argelinos* o *cuentos de Argelia*.

El inconveniente de títulos como estos es que dan la impresión de que esos textos son representativos de todo el territorio (de toda Argelia, siguiendo con nuestros ejemplos); lo cual se nos antoja del todo inapropiado. Aunque parezca una mera perogrullada, hay que decir que el cuento publicado en una antología solo es representativo del repertorio del informante concreto que lo transmitió. De ningún modo debería colegirse que se trata de un patrimonio común de toda la comunidad ni mucho menos de todos los individuos de la región.

El espejismo de que hay cuentos *de* determinado lugar, reside en una pura cuestión lingüística. En concreto, en la anfibología que la preposición suscita, ya que ese *de* –tomando como ejemplo el sintagma *cuentos del Atlas telliano*– puede aludir tanto a una relación de posesión (en el sentido de "cuentos específicos del Atlas telliano") como a una relación de mera procedencia geográfica (en el sentido de "cuentos recopilados en el Atlas telliano").

Únicamente esta última acepción nos parece adecuada, pues ni los cuentos son representativos de todos los habitantes de las montañas del Tell ni esos relatos constituyen un erario presente solo en ese territorio; ya que, en la mayoría de los casos, existen versiones de esas narraciones más allá de la cordillera norteafricana, incluso en otros países y en otros continentes.

Con todo, la primera acepción –la de "posesión"– es la que se maneja con más frecuencia, a veces incluso entre algunos círculos académicos. En nuestro caso, lo más apropiado para este libro habría sido elegir una rúbrica del tipo *Tesoro de cuentos grabados en el Atlas telliano*. Tal elección, sin embargo, habría recargado excesivamente el título, por lo que optamos por conservar la preposición, aún a riesgo de que nuestra decisión pudiera generar alguna malinterpretación.

La recopilación de los etnotextos, la selección del material, la traducción, la edición, la ordenación de los relatos y la elección de un título para la obra son, pues, los seis procesos ineludibles a la hora de realizar una antología de literatura oral. En vista de toda esa serie de manipulaciones, es lógico pensar que los cuentos, los mitos y las leyendas que contienen estas obras poco (o, más bien, muy poco) tienen que ver con la narrativa oral que se transmite en una región determinada.

Sin embargo, las antologías son absolutamente indispensables. De no existir traducciones como esta, los especialistas no tendríamos acceso a un material valiosísimo, y no tendríamos oportunidad, de ningún modo, de cotejar los relatos que estudiamos con otras

versiones que fueron expresadas en lenguas que no manejamos.

Aldea bereber próxima a Azzefoune (Gran Cabilia)

Además, y a pesar de todos los inconvenientes de plasmar los textos en el papel, resulta imprescindible organizarlos según un criterio sistemático. En el caso de estos dos tesoros de cuentos del Atlas telliano, hemos seguido el establecido por los índices *The Types of International Folktales*[5] y *Types of the Folktale in the Arab World*[6]. Dos ventajas importantes de ordenar las narraciones según estos catálogos son, por un lado, que los estudiosos pueden rastrear con facilidad los tipos cuentísticos que les interesan y, por otro, que

[5] Nos estamos refiriendo a la edición más reciente, la de Hans-Jorg Uther, *The Types of International Folktales: a Classification and Bibliography. Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004).

[6] Hasan M. El-Shamy, *Types of the Folktale in the Arab World: a Demographically Oriented Tale-Type Index* (Bloomington: Universidad de Indiana, 2004).

pueden identificar enseguida los tipos a los que pertenecen las versiones con solo leer el código que aparece a continuación del título.

En este punto podría preguntarse quien esté leyendo estas líneas: pero ¿existe alguna manera mejor de organizar y de presentar los materiales? Por lo que hemos visto en estas páginas, la cuestión resulta mucho más complicada de lo que parecía en un principio. Debemos responder, con resignación, que no resulta posible reflejar en la superficie bidimensional de un papel o de una pantalla toda la información que se precisaría para plasmar los cuentos con fidelidad.

Una alternativa editorial que brindaría una visión algo más fiel sería una obra en la cual tuvieran cabida todas las narraciones que se recogieran, tanto las completas como las truncas, tanto las congruentes como las que presentaran más incoherencias, tanto las tenidas como "hermosas" como aquellas acaso menos atractivas para el gusto de los lectores. Y, por fortuna, la tecnología nos provee hoy en día de soportes adecuados para este tipo de proyectos.

Este es el espíritu que ha promovido la creación de la plataforma virtual que hemos citado al comienzo de este prólogo, *Littérature orale du Maghreb*; cuyo propósito no es tanto enciclopédico –puesto que no aspira a ordenar el material ni a abarcar la totalidad de canciones, mitos, leyendas y cuentos del norte de África– sino más bien documental, pues en ella hay espacio para todos los etnotextos que se transmitan en el territorio magrebí, sin discriminar ninguna versión por ser más breve o no tan hermosa. Se trata, por tanto, de una plataforma abierta y en continua

ampliación y revisión, que permite, asimismo, acceder a los textos de manera independiente, uno por uno.

No nos extenderemos más. Evidentemente, no son estas páginas introductorias el lugar idóneo para continuar con estas disquisiciones. Nuestro propósito ha sido únicamente exponer algunas cuestiones importantes que a menudo pasan desapercibidas cuando nos acercamos a las antologías de literatura oral y que, sin embargo, son de gran importancia a la hora de interpretar correctamente el contenido de estas obras.

Ahora sí, sin más rodeos, conviene que demos paso a los cuentos, con el deseo de que el lector disfrute leyéndolos tanto como lo hizo su autor mientras los escuchaba y los grababa en las estribaciones del Tell.

CUENTOS MARAVILLOSOS

La princesa durmiente y la planta mágica

(ATU 410)

Había una vez, hace muchos, muchos años, un rey que solo tenía hijos varones. Su mujer siempre había querido tener una hija; y un día, por fin, su sueño se hizo realidad. La reina se quedó embarazada y dio a luz a una niña.

No era una muchacha como las demás. Era, de verdad, muy, muy guapa. Tenía la piel blanca como la nieve, y por eso la llamaron "Blanca". Los años fueron pasando, y Blanca parecía cada vez más hermosa. Todas las demás muchachas tenían envidia de ella.

Un día una anciana fue a la casa de Blanca para pedirle comida. Llamó a la puerta y ella le abrió. Una vez dentro, la muchacha le sirvió un plato y comió.

En cierto momento, cuando Blanca no miraba, la vieja se sacó del pecho un frasco con una pócima mágica y vertió el contenido en el vaso de agua de la joven. Aquella poción haría que aquel que se la bebiera se quedase dormido y no conseguiría despertarse nunca, a menos que se tomara una planta mágica que crecía en la cueva del ogro.

Entonces la vieja llamó a Blanca y le pidió que le trajera un poco de agua. Cuando la joven se la llevó, la vieja dijo:

–Bebe tú primero, hija mía, que me han dicho que eres tan blanca que, cuando bebes, se puede ver cómo el agua cruza por tu garganta. Tengo mucha curiosidad por saber si es verdad.

Blanca se bebió el agua que llevaba la poción de la vieja y enseguida se sumió en un sueño muy profundo. Se quedó dormida al instante.

Todos los habitantes del reino intentaron que se despertara, pero ninguno lo consiguió. Nadie en el reino lograba que se despertara.

Un día el rey, que ya estaba desesperado, reunió a todos sus súbditos. A continuación salió al balcón de su palacio y empezó a decirles:

–No tengo ni idea de qué es lo que ha podido hechizar a mi hija. Como ya sabéis, se ha dormido tan profundamente que ahora resulta imposible despertarla. Os prometo que, si alguno de vosotros consigue que se despierte, le entregaré la mano de la princesa, y, además, lo haré rey.

Todos los jóvenes del reino partieron en busca de un remedio para la muchacha. Estuvieron preguntando aquí y allá. Fueron de aldea en aldea y de casa en casa. Buscaron por todas partes, pero nadie logró dar con él.

En aquel reino vivía un muchacho que era callado y valiente. En cuanto se enteró del bando del rey, recogió sus cosas y salió de su pueblo sin decirle nada a nadie. Se marchó a buscar el antídoto para la princesa.

Se puso a caminar, y estuvo andando y andando durante mucho tiempo. Tuvo que atravesar todos los bosques en busca del remedio que curara a Blanca.

Un día, cuando estaba caminando en medio del bosque, vio una columna de humo que salía de entre la espesura. Se acercó unos pasos, y

entonces descubrió que provenía de una chimenea.

Llegó hasta la casa, abrió la puerta y, nada más entrar, se encontró con un viejo. Se acercó a él y le dijo:

–En nombre de Dios, dime ¿quién eres tú?

Y el otro le respondió:

–Yo soy ese al que llaman "El Sabio". La gente del lugar viene a hablar conmigo para pedirme una solución a sus problemas. Así que, si quieres que te dé algún consejo, ya sabes; aquí me tienes...

Entonces el joven se puso a contarle lo que había ocurrido a la princesa, y lo que le he había llevado hasta aquel lugar del bosque. Y en cuanto hubo terminado de contar su historia, el viejo le dijo:

–Pues lo que debes hacer es quedarte aquí, en este bosque, hasta que consigas sacar los huevos de debajo de una perdiz sin que esta se dé cuenta. Así conseguirás llegar hasta la cueva del ogro, que es donde encontrarás el remedio para la princesa.

El muchacho fue enseguida a buscar una perdiz. En cuanto encontró una de ellas, intentó hacer lo que le había dicho el viejo, pero no lo consiguió. Lo intentó una segunda vez, pero nada. Lo volvió a intentar una tercera, pero nada tampoco.

No lo logró hasta el séptimo día. Cuando por fin consiguió sacar los huevos de debajo de la perdiz sin que la madre se diera cuenta, volvió a la casa del bosque para decírselo al viejo sabio.

En cuanto lo vio llegar, el anciano le dijo:

–De acuerdo, ya veo que lo has conseguido. Pues lo que tienes que hacer ahora es comerte los huevos de la perdiz. Toma este caballo blanco, y mañana por la mañana, en cuanto amanezca, móntate en él. Pero ¡cuidado! No se te olvide que sus patas delanteras son relámpagos, y las traseras son truenos. Toma el camino que conduce hasta la cueva del ogro, y, una vez allí, róbale la planta que él tiene escondida debajo de su almohada. Esa planta es lo único que puede curar a la hija del rey.

El muchacho lo hizo todo tal y como le había dicho el anciano. Se comió los huevos de la perdiz y luego se fue a la cama para descansar. Estaba agotado...

A la mañana siguiente, nada más levantarse, montó en el caballo y emprendió el camino que le había indicado el viejo sabio. El caballo galopaba y galopaba a toda velocidad. Estuvieron viajando durante todo el día, y por fin, justo cuando el sol estaba a punto de ponerse, llegaron a la casa del ogro.

El muchacho se dio cuenta de que la cueva del ogro estaba cercada por siete muros. Sin pensárselo dos veces, espoleó su caballo y los fue cruzando uno por uno. Después entró, y en cuanto hubo dado unos pasos, escuchó la voz del ogro, que decía:

–¡Hum…! Veo que hay un intruso por aquí. ¿Cómo habrá osado entrar en mi casa? Pues que sepa que voy a comérmelo. Me lo comeré primero a él y luego me comeré a todos los habitantes de su pueblo. ¡Hum!

Y a continuación el ogro se quedó dormido.

El joven aprovechó para acercarse a la cama. Se inclinó un poco e intentó quitarle la planta. Pero, justo en aquel momento, de repente, el ogro se dio la vuelta. Por suerte, no se despertó. Seguía dormido profundamente... El muchacho se puso pálido del susto.

Entonces volvió a intentarlo. Metió la mano debajo de la almohada del ogro y aquella vez sí consiguió arrebatársela.

Sin perder un instante, salió corriendo de allí. Saltó por encima de los siete muros, montó en su caballo y empezó a galopar a la velocidad del relámpago para entregar el remedio para la princesa.

Una vez en el castillo fue a ver al rey y le dio la planta. El padre de Blanca se puso muy contento. Sin perder un instante, empezó a exprimirla hasta que consiguió que salieran algunas gotas. Luego las puso en la nariz de Blanca… Y al momento la muchacha se despertó de su sueño.

Al cabo de una semana celebraron la boda. Y desde aquel día el muchacho se convirtió en el rey de aquel pueblo.

La boda duró siete días con sus siete noches; y el rey y la reina vivieron para siempre en paz y armonía.

[Informante: D. H., de veinticuatro años y oriunda de Tizi Ouzou (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 7/9/2015. Versión traducida del cabileño]

La prometida y la serpiente

(ATU 433B)

Había una vez un hombre que no tenía hijos. En cierta ocasión comenzó a implorar a Dios:

–¡Oh, querido Dios, dame un hijo! ¡Aunque sea una serpiente!

Dios escuchó al hombre y le concedió que tuviera una serpiente como hijo. La serpiente empezó a crecer poco a poco, hasta que un día se hizo mayor.

Un día le dijo a su padre:

–¡Padre, ya no soy un niño! ¡Ya soy mayor de edad, y ha llegado el momento de casarme!

Y a continuación le pidió a su padre que le buscara una esposa.

Entonces su padre le dijo:

–¡Querido hijo! ¡Pero si tú eres una serpiente! No encontraremos a ninguna muchacha que acepte casarse contigo.

Y su hijo le contestó:

–Tú tienes un amigo que tiene tres hijas. Pídele que me conceda la mano de una de ellas.

Así que el hombre se fue a ver a su amigo, el padre de las tres muchachas, y le pidió que le entregara a una de sus hijas para casarla con su hijo serpiente.

En primer lugar se lo propuso a su hija mayor:

–¿Aceptarías casarte con el hijo de fulano, que es una serpiente?

Y ella respondió:

–¡Dios me libre!

Le dijo que no.

Después fue a preguntarle a la segunda, y ella se quedó horrorizada. Le dijo que aquello sería imposible.

Por último fue a preguntarle a su tercera hija, y ella le dijo:

–Si ese es mi destino, pues ¡lo acepto!

Y así fue. La hija menor aceptó casarse con la serpiente. Celebraron la boda, y por la noche, cuando la serpiente se metió en la habitación para encontrarse con su esposa, ella le dijo:

–¡Sé bienvenido, tú, que eres mi destino!

Y él le dijo:

–Gracias, pero no has tenido mucha suerte...

Nada más verla se dio cuenta de que era una muchacha joven, guapa, ¡una joya! Era realmente hermosa; tanto que nada más verla el marido serpiente se quedó prendado de su belleza.

En aquel momento él se liberó de su piel de serpiente y se convirtió en un hombre sabio. Y no solo sabio. ¡Se transformó en un hombre que lo sabía todo! ¡Inteligente y todo!

Después celebraron una boda de siete días y siete noches. Todos comieron, cantaron y bailaron.

[Informante: D. T., de veinticuatro años y oriunda de Tigzirt (valiato de la Gran Cabilia). Se lo contó su tía, que es originaria de Taksebte (valiato de la Gran Cabilia). Recogido el 12/12/2013. Versión traducida del cabileño]

La serpiente y la muchacha

Uno de esos días de Dios una niña pequeña se confundió de camino y se extravió en el bosque. Ya no conseguía encontrar a su familia.

Estuvo caminando y caminando y llorando. Caminaba y lloraba; caminaba y lloraba… Hasta que por fin llegó a un lugar donde vivía una serpiente.

La serpiente se dirigió a la pequeña y le dijo:

–¿Qué te ocurre, niña?

Ella le contestó:

–Pues que me he perdido y no conozco el camino de vuelta a casa.

–¿No te acuerdas del camino a casa?

–No, no me acuerdo –respondió ella.

Como era tarde, muy tarde, la serpiente la invitó a que pasara la noche en su casa. Le prometió que al día siguiente irían a buscar a su familia. Le dijo que, si seguía caminando así sola por las montañas, al final se la acabarían comiendo los monstruos del bosque o terminaría perdiéndose por otros caminos.

La pequeña se fue con la serpiente. La llevó a su casa.

Cada mañana, después de que él[7] saliera de casa para ir a trabajar o para hacer sus cosas, la niña salía al balcón para calentarse bajo los rayos del sol. Y entonces se quedaba allí peinando su cabello.

[7] Téngase en cuenta que se trata de una serpiente macho. Que en español la palabra *serpiente* sea femenina podría inducir a error.

Desde el primer día, mientras ella estaba peinándose tranquilamente en el balcón, un pájaro se posaba en el árbol, se sentaba y le hablaba:

¡Niña, niña!
¡La serpiente te criará
y luego te comerá![8]

Ella siempre alzaba la cabeza y se quedaba mirándolo. Y después el pájaro volvía a decirle:

¡Niña, niña!
¡La serpiente te criará
y luego te comerá!

La muchacha estaba muy asustada y no paraba de llorar. Lloraba y lloraba. Y aquello ocurría todos los días…

Un día la serpiente se dio cuenta de que algo raro estaba sucediendo, porque notó que la niña no dejaba de perder peso. Así que le preguntó:

–¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan delgada y tan triste?

Entonces ella empezó a contarle:

–Pues que todas las mañanas, cuando tú te marchas de casa, yo suelo salir al balcón. Me siento, me pongo guapa, me pongo a peinarme los cabellos. Pero en ese momento siempre llega un pájaro que se posa en el árbol y me dice:

"*¡Niña, niña!*

[8] El informante recitó estos versos en árabe dialectal (*Ya tafla, ya tafla, / l'a hnech, y rabiki / ya kliki!*).

¡La serpiente te criará
y luego te comerá!".

Así que estoy muerta de miedo.

Entonces la serpiente le dijo:

–Pues tú no te creas nada de lo que te dice. Solo habla por hablar.

Como la serpiente quería ver al pájaro para comprobar si era verdad lo que decía, al día siguiente no fue al trabajo. No salió de casa. Subió al árbol y se quedó allí agazapada bajo una rama.

Al rato llegó el pájaro. En cuanto la serpiente vio que se posaba sobre la rama, fue acercándose a él poco a poco, muy despacito…

A continuación el pájaro empezó a hablar:

¡Niña, niña,
la serpiente…

Y ¡op!, la serpiente se abalanzó sobre él, lo asfixió y luego se lo comió.

Pero la muchacha seguía muy preocupada, porque en su cabeza seguían retumbando las palabras del pájaro, y creía que eran verdad. Pensaba, de verdad, que la serpiente la estaba criando para un día comérsela.

Así que se marchó y empezó a buscar a su familia hasta que por fin la encontró y volvió a su casa.

[Informante: A. I., de sesenta y cuatro años y originario de Beni Douala (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 17/11/2013. Versión traducida del cabileño]

La muchacha disfrazada de varón

(ATU 514)

–*Hadjitek!*
[–*Mâdjitek!*][9]

Había una vez un comerciante que tenía siete hijas. Todas las mañanas, antes de ir al mercado, les preguntaba qué querían que les trajera. Seis de ellas le pedían cosas, y la séptima le decía:

–Yo no quiero que me traigas nada. Lo único que deseo es que te vaya bien y que regreses pronto.

Todas las noches, al volver a casa, le llevaba a ella el mejor regalo. Siempre le recompensaba con regalos mejores que los de sus hermanas. Y lo mismo pasaba todos los días, hasta que sus hermanas terminaron poniéndose celosas. Entonces llamaron a una bruja. Le contaron la historia:

–Nosotras le pedimos regalos todos los días, y nuestra hermana, que nunca le pide nada, siempre recibe regalos mejores que los nuestros.

Y la vieja les dijo:

–Decidle a vuestra hermana que le pida a su padre el coral verde que cuelga de su cuello[10].

---

[9] *Hadjitek!* / *Mâdjitek!*, lit.: "¡Te he contado! / ¡No has venido!".

[10] La identidad del enigmático personaje al que remite ese *su* no será desvelada en ningún momento de la narración. Tal vez ese pronombre anafórico remita al príncipe que después protagonizará el relato.

Al día siguiente, como de costumbre, por la mañana, antes de salir de casa, las seis muchachas le dijeron a su hermana pequeña:

–Tú creerás que te da muchos regalos, pero la verdad es que a ti nunca te ha traído el coral verde que lleva colgado de su cuello.

Ella no sabía a qué se referían con aquel coral verde…

Al día siguiente, por la mañana, antes de que su padre se fuera de casa, la muchacha le dijo:

–Nunca te he pedido nada, pero hoy voy a decirte algo.

Y él dijo:

–¿Qué quieres, hija mía?

Y ella dijo:

–Te pido que me traigas el coral verde que lleva colgado de su cuello.

A continuación él se marchó a buscarlo. Y estuvo buscándolo por todas partes. Les preguntó a todos los joyeros del país. Pero no lo encontró.

Entonces volvió a casa. Por el camino le dijeron que aquel "coral" era un hombre. Se referían al hijo del sultán.

Al volver a casa por la noche, la pequeña le dijo:

–Sé bienvenido, papá.

Y él respondió:

–¿Te das cuenta acaso de lo que me has pedido? ¡Me has pedido un hombre! ¡Es el hijo del sultán!

Luego se la llevó al corral y la dejó allí encerrada con las gallinas. Tuvo que pasar la noche en el gallinero.

A la mañana siguiente, en cuanto su padre pasó a su lado para marcharse a trabajar, le dijo:

–Buenos días, papá.

El padre respondió:

–Tu amor y tu envidia
en el corral te retuvieron[11].

Y se marchó. Por la noche, al llegar a casa, volvió a ocurrir lo mismo. La muchacha volvió a saludar a su padre:

–Bienvenido, papá.

Pero aquel día el padre no le había traído nada del mercado. Se acercó a ella y le dijo:

–Tu amor y tu envidia
en el corral te retuvieron.

Y siempre ocurría lo mismo. Hasta que un día la muchacha se vistió de hombre y se marchó al zoco. Al llegar allí compró todos los productos del mercado, porque sabía de sobra que su padre iba todos los días al zoco. Y ¿qué hizo? Pues puso una mesa a la entrada del mercado y obligó a la gente a que se pusiera a tostar habas.

Así que la gente se puso venga a tostar habas y venga a tostar habas, y justo entonces

[11] El informante formuló este pareado en árabe dialectal (*Aâchqak wa hwak / fi bit l'djadj khalak*).

llegó su padre. La joven lo reconoció, pero él a ella no.

Entonces le pidió que se pusiera él también a tostar habas. Y él respondió:

–No es nuestra costumbre tostar habas antes de entrar en el zoco.

Y ella dijo:

–Pues ahora es así. Es la nueva ley, y tú no serás una excepción.

Y cuando cayó la noche y llegó la hora de volver a casa, ella salió corriendo. Lo adelantó y le dijo:

–Bienvenido, papá.

Y dijo:

–Tu amor y tu envidia
en el corral te retuvieron.

Y ella respondió:

–Mi amor y mi envidia…
No he frito las habas con los dedos[12].

Entonces él entró en casa. Y al día siguiente lo mismo.

Al tercer día la obligó a salir del gallinero y le dijo:

–¿Qué significan esas palabras que me dices siempre?

Y ella dijo:

–Respóndeme tú primero. ¿Qué significa lo que tú me dices? Fue una bruja la que les dijo a

[12] En árabe dialectal: *Aâchqi wa hwaya… / Ma qlitch l ful bin hdaya.*

mis hermanas que yo tenía que pedirte eso del coral verde. Les dijo que te pidiera el coral verde colgado de su cuello.

Y él dijo:

–¡Ah!, ¿sí? Conque ¿era eso? ¡Eres libre! Tienes mi permiso incluso para irte a buscar a ese príncipe.

Entonces ella se disfrazó de hombre y se marchó. Empezó a buscar y a preguntar a la gente que se iba encontrando por el camino. Se puso a buscar el coral verde colgado de su cuello.

Un día alguien le indicó dónde estaba, y ella se fue a ver al sultán. Llamó a la puerta… Al instante apareció un criado.

Y ella le dijo:

–Estoy buscando a fulano.

Entonces el criado fue a decirle al príncipe:

–Hay alguien que quiere verle.

El príncipe recibió a la muchacha disfrazada de varón:

–Bienvenido seas.

Y ella dijo:

–Te lo agradezco.

Cenaron y pasaron la noche en casa de él. La madre del príncipe los puso en la misma habitación, cada uno en su cama, pero el uno al lado del otro.

Al día siguiente, por la mañana, el príncipe le dijo a su madre:

–Mamá, me da la impresión de que ese hombre es una mujer.

Y ella le respondió:

–¡Bah, qué tontería!

Y él insistió:

–Pues eso es lo que creo.

Y su madre le dijo:

–Yo no lo creo. Pero si tú tienes dudas, llévatelo a dar una vuelta por el país y hazle pasar al lado de una tienda de armas y de una joyería. Si ves que se interesa más por las armas que por las joyas, significará que es un hombre; pero si le interesan más las joyas, entonces será una mujer.

Y se fueron a dar una vuelta. Empezaron a echar un vistazo por las joyerías. Él se quedó mirando las joyas, y la muchacha también les echó un vistazo; pero luego enseguida hizo como si no le interesaran, y se alejó.

Entonces el príncipe le dijo:

–¿Por qué te vas? ¡Ven a ver las joyas!

Y ella le dijo:

–¡No, vamos a ver las armas!

Volvieron a dar una vuelta y después regresaron a casa.

Al día siguiente su madre le dijo:

–Llévatelo a un huerto donde haya frutas y verduras.

Y añadió:

–Si ves que se pone a comer todas las frutas hasta la saciedad, pues será que es una mujer. Pero si ves que solo coge una fruta por aquí y otra fruta por allá, eso significará que es un hombre.

Así que se la llevó a dar una vuelta. Al cabo de un rato pasaron entre los árboles. Y entonces ella cogió algunas frutas.

El príncipe le dijo:

–¡Come más!

Ella respondió:

–Son frutas, no me voy a llenar con eso.

Luego él volvió y se lo contó a su madre, y ella le dijo:

–¡Entonces no hay duda! ¡Es un hombre!

Por la noche la madre le dijo:

–De todos modos, tú ponle jazmín debajo de la cama. Si es un hombre, no se moverá, y las flores no se marchitarán. Pero si es una mujer, empezará a dar vueltas y vueltas mientras duerme, y acabará aplastando las flores.

Así que puso las flores y se fue a dormir.

La muchacha se pasó toda la noche regando las flores. Y al día siguiente el príncipe se encontró que las flores estaban en perfecto estado. Entonces fue a contárselo a su madre. Y ella le dijo:

–Pues ya solo queda una cosa que puede ayudarnos a resolver el misterio: el *hammam*[13].

Y el príncipe le dijo a la joven:

–Ahora que ya hemos visitado el país y que hemos dado una vuelta, si te parece bien, te invito al *hammam*.

Y ella respondió:

–Pues sí, me parece bien.

Se prepararon, se llevaron sus cosas y se fueron al *hammam*. El príncipe empezó a quitarse la ropa para ir a la habitación caliente[14], y

[13] *Hammam*, baño turco muy popular en el Magreb.

[14] *Habitación caliente*, cámara del *hammam* donde los visitantes exponen sus cuerpos al vapor antes de pasar a la piscina de agua fría.

mientras tanto ella se puso a dar vueltas para matar el tiempo.

Luego el príncipe entró y le dijo:

–Sígueme, que te espero dentro.

Entonces la muchacha escribió una nota, se la dio al encargado del *hammam* y se marchó.

El príncipe se quedó esperándola, esperándola y esperándola durante un buen rato hasta que al final acabó cansándose y decidió marcharse. Al salir fue a preguntarle al encargado, y este le dijo:

–Pues no sé qué decirte. Creo que su padre está enfermo y ha tenido que marcharse. De todas maneras, te ha dejado esta nota antes de irse.

Le entregó la nota, y el príncipe leyó: "¡Idiota, hijo de un idiota, que no eres capaz de ver la diferencia entre un hombre y una mujer! ¡Mierda, hijo de una mierda, que no eres capaz de distinguir entre un hombre y una mujer!".

Entonces el príncipe pensó: "¡Solo puedo quererla a ella!". Y a continuación se marchó a buscarla.

En cuanto la encontró, se fue directamente a pedir su mano al padre de la muchacha. Se casó con ella, y celebraron una boda de siete días y siete noches.

[Informante: A. Z., de ochenta y cuatro años y oriundo de Dellys (valiato de Boumerdès). Registrado el 14/11/2013. Versión traducida del árabe dialectal]

El talismán

(ATU 610)

Érase una vez un rey que tenía una hija que estaba enferma. Ningún médico del reino había sido capaz de curarla.

Un día el rey proclamó que haría rico a quien lograra curar a su hija. Pero advirtió también de que mandaría matar a todo aquel que se presentara voluntario para después no conseguir nada.

Entonces llegó al reino un hombre dispuesto a probar suerte. Le dio a la princesa un talismán lleno de colores, lleno de luces y muy llamativo, como si fuera una perla. A la muchacha le gustó mucho el talismán y se quedó mirándolo hasta que puso buena del todo. Se curó.

A partir de aquel día volvió a comer y a hablar. El rey le ofreció mucho dinero al hombre, pero él no lo aceptó. Le dijo que lo único que él quería era casarse con su hija. El rey aceptó y celebraron la boda.

Pasó el tiempo, y un día los esposos salieron a pasear. Al cabo de un rato la muchacha sacó su talismán y se quedó mirándolo, porque le gustaba mucho. Pero justo en aquel momento se le cayó al suelo, y entonces llegó un pájaro, bajó volando, se comió el talismán y volvió a alzar el vuelo.

El marido se puso a perseguirlo… El pájaro volaba y el marido corría detrás de él hasta que al final terminó perdiéndose en tierras muy lejanas. Había dejado sola a su mujer…

Ella mientras tanto se quedó esperando a que volviera su esposo. Pero pasaba el tiempo y

él no aparecía. Hasta que un día decidió ir a buscarlo.

En aquel país había un pequeño barco que transportaba a los viajeros durante un año entero y volvía al año siguiente. La mujer se quedó esperando durante mucho, mucho tiempo a que su marido regresara, pero al final terminó embarcando para ir a buscarlo ella misma.

Llegó a una tierra desconocida y le pidió a una anciana que le dejara pasar la noche en su casa. La anciana la recibió y la alojó. Luego la viajera le pidió que le diera un albornoz[15], y la anciana se lo dio.

Ella se puso el albornoz; se disfrazó de hombre y después se dirigió a la mezquita.

Una vez allí se convirtió en un hombre piadoso y se hizo maestro. Empezó a enseñar a los niños. Llamaba a las cinco oraciones y se quedó a vivir en la mezquita.

El marido, por su parte, terminó alcanzando al pájaro. Lo cazó y le arrancó el talismán del vientre.

Los habitantes del pueblo en el que se encontraba el marido solían exportar aceite de oliva a otras regiones. Entonces al hombre se le ocurrió una idea: cogió una vasija, la llenó de aceite de oliva y puso el talismán en el interior.

Al día siguiente se dirigió al barco con la intención de viajar a su tierra y encontrarse de nuevo con su mujer. Pero el hombre no llegó a tiempo de embarcar, y el barco zarpó con la vasija de aceite que llevaba el talismán en el interior. Él no tuvo más remedio que quedarse llorando a la orilla del mar.

---

[15] *Albornoz*, sayo largo de lana con capucha que usan los campesinos del altiplano y de las montañas del Atlas para protegerse del frío.

El barco viajó en dirección al pueblo donde vivía la mujer disfrazada de religioso…

Al cabo de unos días, después de que el barco hubiera arribado, los estudiantes le preguntaron a su maestro si quería una vasija de aceite de oliva, y él aceptó. Y, como gesto de consideración y de agradecimiento, sus alumnos le trajeron la tinaja más bonita.

En cuanto la abrió, la mujer se encontró su talismán. Entonces les dijo que se llevaran la vasija al mismo país de donde la habían traído y que le trajeran a su dueño.

Así que el barco regresó al país que exportaba el aceite, y allí encontraron al marido, que todavía seguía llorando a la orilla del mar, esperando que el barco volviera.

Enseguida acompañaron al hombre a la mezquita, y allí se encontró con su mujer. Desde aquel día ya nunca más volvieron a separarse.

Después la pareja volvió a su tierra y celebró una boda que duró siete días y siete noches[16].

[Informante: Dj. H., de setenta y seis años y oriunda de Aït Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 15/7/2013. Versión traducida del cabileño]

[16] Evidentemente se trata de un lapsus, pues los protagonistas ya estaban casados.

El hijo garbanzo

(ATU 700)

–Amacahu!
[*–Ahu!*]
–Quien dice "ahu"
me olvidará[17].

Había una vez un hombre y una mujer que no tenían hijos.

Un día ella estaba haciendo las tareas de la casa y de repente se encontró un garbanzo. Entonces suspiró:

–¡Ay, quién tuviera un hijo!

En aquel momento el garbanzo empezó a hablar y dijo:

–Bueno, pues aquí me tienes. Si quieres, puedes adoptarme a mí como si fuera tu propio hijo.

Ella lo adoptó y le dijo:

–Tienes que llevarte la comida a mi marido a tal sitio.

Y él le respondió:

–Pero yo no sé cómo se llama tu marido.

Y ella dijo:

–De acuerdo, pues ahora te lo digo.

Entonces le preparó la comida y le dio unos pedazos de pan y una vasija con leche fermentada. Y luego le dijo:

---

[17] En cab.: *–Amacahu! / –Ahu! / –Win idinen "ahu" adiyishu.*

–Ahora vete, y cuando llegues al lugar donde trabaja mi marido, llámalo: "¡Eh, papá, el que lleva una *chechía*[18] roja!".

Y se marchó. Empezó a caminar y estuvo caminando y caminando hasta que llegó al lugar. Y lo llamó:

–¡Eh, papá, el que lleva una *chechía* roja!

Enseguida los campesinos fueron a decirle a su patrón:

–¡Eh, señor! Ha venido a buscarte tu hijo. Tú eres el único por aquí que lleva una *chechía* roja.

Entonces el patrón les respondió y se fue a ver al garbanzo. El garbanzo le puso la comida delante. Luego el padre comió, y el garbanzo volvió a casa.

Y al día siguiente ocurrió lo mismo. El hijo garbanzo salió de casa, y se puso a caminar. Estuvo caminando, caminando y caminando. Pero entonces, de repente, se encontró con un chacal.

Y el garbanzo le dijo:

–¡Llévame!

Y el chacal respondió:

–¡Ven! ¡Dame esa bolsa de comida, que te la voy a llevar yo!

Y se fueron. Se montó en el chacal. Metió el pan en el saco, y se marcharon. El chacal se puso a andar, y estuvo andando y andando… Pero, por el camino, el chacal se comió el pan.

---

[18] *Chechía*, pequeño sombrero, rojo y cilíndrico, que antaño fue muy común en la Cabilia. Hemos adaptado ligeramente la grafía bereber para acercarla a la pronunciación española.

Luego siguieron caminando y caminando hasta llegar al lugar donde estaba trabajando su padre. Y entonces el garbanzo le dijo:

–¡Oh, papá, el que lleva una *chechía* roja!

Al instante el padre respondió y atravesó el campo hasta llegar al lugar donde estaba su hijo. Al instante, el garbanzo bajó del chacal el saco de la comida, que ya estaba vacío.

Cuando su padre vio que ya no quedaba nada de comida, se puso a pegarle al garbanzo. Entonces el pequeño se marchó enfadado. Pero no tenía ni idea de cómo volver a casa…

Al cabo de un rato se fue a ver a los campesinos y les dijo:

–Papá os dice que tenéis que quemar toda la cosecha.

Y ellos respondieron:

–Pero ¿qué tontería es esa?

Y repitió:

–¡Papá os dice que tenéis que quemar toda la cosecha!

El garbanzo volvió a casa y entonces se adelantó a los campesinos, que habían prendido fuego a los campos. Los trabajadores volvieron a casa para cenar. Se dijeron a sí mismos: "¡Que Dios traicione a ese hombre!".

La mujer preparó la cena para los campesinos y su marido y luego puso la mesa. Se colocaron al lado del *kanun*. Al momento uno de ellos se quitó los zapatos y sacó de allí tres granos de trigo. Luego los recogió y los tiró al *kanun*.

Y el patrón dijo:

–¡Que Dios te castigue! El trigo es un don de Dios, ¿y tú vas y lo quemas?

Y el otro respondió:

–Nos has enviado a tu hijo, el garbanzo, y nos has dicho que quememos la cosecha. Y ahora ¿encima me insultas?

El patrón respondió:

–¿En serio os ha dicho eso?

Cogió el garbanzo y lo tiró fuera de casa.

Como el garbanzo ni siquiera había comido, pensó que lo mejor sería ir a ver a sus tías. Así que se fue a su casa les dijo:

–Papá dice que os rompáis todos los dientes y que después vengáis a comer carne tierna.

Las tías dijeron:

–¿De verdad tenemos que hacer eso?

Las pobrecitas cogieron unas piedras y se rompieron todos los dientes. Después se fueron a casa de su hermano. Cuando llegó la hora del almuerzo, las tías cogieron los pedazos de carne y no consiguieron masticarlos.

Entonces su hermano les dijo:

–Pero ¿qué está ocurriendo?

Y ellas respondieron:

–Pues que tú enviaste a tu hijo a decirnos que nos rompiéramos los dientes para comer carne tierna.

Y el patrón dijo:

–¡Que Dios lo traicione!

Lo cogió y lo echó fuera de la granja. Lo tiró.

Entonces el garbanzo se marchó y empezó a rodar por allí…

Al cabo de un rato se encontró con un hombre y se hizo amigo suyo. El garbanzo corrió a esconderse en la oreja de una vaca para que no lo encontraran. Desde aquel día su amigo vivía fuera de la oreja del animal, y él se quedó a vivir en el interior.

Un día el garbanzo le propuso a su amigo:

–¡Vamos a robar vacas!

Y el otro le respondió:

–Pero ¿cómo vamos a apañárnoslas para robarlas?

Y el garbanzo le dijo:

–No te preocupes. Tú te quedas vigilando ahí fuera del establo, y yo me encargaré de ir sacando a las vacas una por una.

Y su amigo insistió:

–Pero ¿cómo, garbanzo?

Y el garbanzo le dijo:

–Te he dicho que tú te quedes vigilando ahí fuera, que yo me encargaré de ir sacando a las vacas.

Entonces volvió a meterse en la oreja de la vaca y empezó a gritar:

–¿*Thetits* o *tmitets*[19]?

Y el otro le respondió:

–¡Puedes sacarlas, que no hay nadie!

Después se metió en la oreja de otra vaca y le volvió a decir a su amigo:

–¿*Thetits* o *tmitets*?

Y el otro le respondió:

[19] *Thetits nagh tmitets*, ninguno de los dos términos tiene significado en cabileño. La pregunta del protagonista aparece codificada en un lenguaje secreto, que únicamente él y su socio conocen, para que nadie descubra que están robando ganado.

–¡Sácala!

Y entonces sacó un buey.

Y en cuanto se hubieron llevado tres o cuatro, los granjeros terminaron dándose cuenta. En aquel momento salió un granjero y vio que sus vacas estaban fuera. Fue a echar un vistazo en el establo[20], y ¡estaba vacío!

Así que dijo:

–¡Que Dios os traicione! ¿Qué estáis haciendo?

El granjero era socio del padre del garbanzo. Empezó a perseguir a los dos gamberros. Pero se le escaparon.

Luego se encontraron un toro muerto y se escondieron en su vientre. Al final acabaron atrapando a su amigo y le dieron una tunda terrible; le dieron tal paliza que el hombre acabo muriendo.

Y él se quedó allí escondido, en el vientre del toro.

El cuento,
río, río,
os lo he contado
a los nobles!

[Informante: K. H., de veintidós años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su tío, que también es originario de Bugía. Registrado el 9/4/2013. Versión traducida del cabileño]

[20] Dice el informante que el dueño de las vacas se dirigió al *adaynin*, que en cabilio designa un pequeño establo que se encuentra en la planta inferior de las casas rústicas, a la izquierda de la entrada principal.

Los hermanos con mechones de oro

(ATU 707)

Había una vez tres mujeres que habían ido a la fuente a coger agua. Una vez allí se encontraron a un hombre que tenía un rebaño de animales y que tenía pinta de ser rico.

Entonces la primera de ellas dijo:

–Si se casara conmigo, le tejería un albornoz solo con la lana que sacara de una sola oveja.

La segunda dijo:

–Pues yo daría de comer a todo el pueblo con la carne que sacara de un solo muslo de la oveja.

Y la última dijo:

–Si me casara con ese hombre, daría a luz a dos hijos con mechones de oro, si Dios así lo quisiera.

Entonces el hombre, que las estaba escuchando, se casó con las tres mujeres.

A la primera le dio la lana de una oveja para que tejiera un albornoz y… ¡nada! Después le dio la lana de dos ovejas, y tampoco. No consiguió tejer el albornoz.

A la otra le dio el muslo del mismo animal para que diera de comer a todo el pueblo. Pero no consiguió preparar suficiente comida para todos. Luego le llevó otro muslo más, y tampoco...

Pero Dios sí concedió que se cumpliera la promesa de la tercera mujer. Se quedó embarazada de gemelos: de una niña y un niño.

Cuando dio a luz, su marido se ocupó de ella con todo cuidado. La dejó en el desván.

Pero un día las otras dos mujeres le dijeron:

–Ahora te toca a ti ir a coger agua del río, porque hace mucho tiempo que no te encargas tú. Hace ya varios días que trabajamos para ti.

Y ella respondió:

–Está bien. Iré yo.

Y se fue al río a coger agua.

Las otras dos mujeres aprovecharon la ausencia de la madre para abandonar a los bebés en el bosque y después los sustituyeron por cachorros de perro. Los pusieron en la cuna.

Luego, cuando el marido volvió a casa, los cachorros tenían hambre, así que empezaron a ladrar.

Entonces las dos mujeres le dijeron:

–¡Mira, ha dado a luz a dos perros! ¡Y tú nos habías dicho que había tenido una niña y un niño!

Y ¿qué hicieron ellas? Pues ataron a la mujer y la dejaron en el establo de la casa. Después tiraron a los cachorros.

Una vieja pasó por el lugar del bosque en donde habían abandonado a los pequeños y los recogió. (*Bueno, no sé si era una vieja o un hombre. Lo que importa es que se los llevó y los crio*).

Los niños crecieron. El muchacho se casó y construyó su propia casa, y su hermana se fue a vivir con él.

El hombre solía pasar al lado de una casa cada vez que iba en dirección al zoco. Tenía la corazonada de que los que vivían allí eran sus hijos.

Y un buen día dijo:

–¡Dios, esta casa me atrae hacia ella cada vez que paso por aquí! En ella deben de vivir personas extraordinarias. No sé por qué tengo esa intuición…

Sus mujeres empezaron a sospechar, así que enviaron a una vieja a la casa y le dijeron:

–Vete allí a echar un vistazo.

Entonces la vieja se fue, entró en la casa y empezó a preguntar. Después volvió y les dijo a las otras dos esposas:

–Hay una muchacha que es hermosa como el sol. Y el muchacho… ¡ni siquiera encuentro las palabras para describirlo!

Así que las mujeres decidieron matarlos. Tramaron un plan y volvieron a enviar a la vieja.

La vieja le preguntó a la muchacha:

–Oye, ¿sabes si tu hermano te quiere?

Y ella respondió:

–Mi hermano me quiere más que a nada en el mundo.

Y la vieja le dijo:

–En ese caso, le dirás a tu hermano que estás enferma y que, si te quiere de verdad, tendrá que conseguirte la leche de la leona. Pídele que te la traiga en la piel del propio hijo de la leona.

El hermano se marchó y estuvo caminando, caminando, caminando y caminando… Se fue a ver al sabio del pueblo[21] y le dijo:

[21] Hasta hace unos años, en casi todas las aldeas de la Cabilia, había un anciano que asesoraba a los vecinos con su sabiduría y experiencia.

–¡Anciano! Mi hermana está enferma y me ha pedido que le lleve la leche de la leona en la piel de su propia cría.

Y el viejo sabio le respondió:

–Hijo mío, esa gente quiere matarte. Ve a tal sitio, sacrifica una oveja y échale la carne a los leoncitos.

Cuando la leona vio que alguien había echado de comer a sus crías, dijo en voz alta:

–Quien haya hecho eso por mis hijos me podrá pedir lo que quiera. Incluso que le entregue a una de mis crías.

Entonces el muchacho le dijo a la leona:

–He venido a verte con la intención de que me des tu leche en la piel de una de tus crías.

Y ella le respondió:

–Ve adonde no pueda escuchar los gritos cuando lo degüelles. Después tráeme su piel. Yo cerraré los ojos y meteré mi leche en el interior. Y, cuando te marches, no te des la vuelta para mirar.

Cuando regresó a casa el muchacho le llevó la leche a su hermana, y ella se la bebió.

Pasó el tiempo y lo mismo: cada vez que el hombre pasaba por delante de la casa se quedaba observándola durante horas y horas. Así que las dos mujeres volvieron a enviar a la vieja.

Y la anciana le dijo a la muchacha:

–Ahora pídele a tu hermano que te traiga el agua que fluye donde terminan las montañas.

El hermano se fue a ver al viejo sabio del pueblo y le dijo:

–Mi hermana está enferma. Me ha pedido el agua que fluye donde terminan las montañas. ¿Cómo voy a apañármelas para conseguirla?

El viejo sabio le dijo:

–Pues tienes que saber que allí hay dos monstruos. Si te ven, te soplarán, y te transformarás en piedra.

El muchacho le dijo:

–Dime qué es lo que tengo que hacer.

El viejo respondió:

–Degüella una oveja o un buey u otro animal… Luego los monstruos acudirán a beberse la sangre. Entonces aprovecha el descuido para acercarte a la fuente y recoger el agua.

El muchacho degolló a un animal. En cuanto los monstruos olieron la carne y la sangre, se acercaron a comer, y el muchacho recogió el agua. Luego se la llevó a su hermana para que se pusiera buena.

Pasó el tiempo y la vieja volvió a ver a la muchacha. Cada vez que el hombre pasaba al lado de la casa se quedaba observándola durante horas. Entonces las mujeres volvieron a enviar a la vieja.

Y ella le dijo a la más joven:

–Ahora pídele a tu hermano que te traiga el pájaro que canta en la casa de oro del hada[22].

Se fue a ver al viejo del pueblo y le dijo:

–Mira, si de verdad me quisieras, me traerías el pájaro que canta en la casa de oro del hada.

---

[22] *Hada* (cab.: *tejniud*, pl. *tijniwin*), figura femenina del imaginario bereber que mora en las fuentes y en los ríos.

El marido se fue a pedirle consejo al anciano, y este le dijo:

–Insisto en que esa gente quiere matarte. Ten cuidado. Ve a esa montaña y, cuando las hadas vayan a bañarse, fíjate bien en dónde deja la ropa una de ellas. Después róbasela y escóndela.

Al día siguiente, cuando todas las hermanas hadas se hubieron vestido y se marcharon, una de ellas se quedó desnuda. Así que el hada gritó:

–Si la persona que me ha hecho esto me devuelve la ropa, me podrá pedir todo lo que quiera. Tendrá todo lo que quiera.

Y él dijo:

–Lo que yo quiero eres tú. ¡Quiero casarme contigo!

Entonces le devolvió su ropa, y el hada se casó con él.

La mujer que se casó con él era hermosa como la luna. Y el pájaro no dejaba de cantar...

Así, con aquel pájaro que cantaba y con la casa llena de flores, el hombre ya no tenía ganas de volver a su verdadero hogar.

Entonces sus dos mujeres enviaron a la vieja y le dijeron:

–Ve a esa casa e invita a sus habitantes a que vengan a cenar.

Ellas los invitaron, prepararon la cena y la tercera mujer seguía abajo.

En cierto momento, cuando todos estaban sentados a la mesa, los dos muchachos dijeron:

–No comeremos hasta que no saquéis a aquella mujer del sótano y la lavéis.

Así que fueron a buscarla y le dijeron mientras la estaban bañando:

–¡Espera! ¡No te hagas ilusiones, que hoy no es tu día de suerte! En cuanto nuestros invitados se vayan de casa, tú volverás aquí y vivirás con los animales.

Todos estaban sentados a la mesa, incluso la mujer del muchacho, el hada. Entonces, de repente, un cuervo se asomó por la ventana y dijo:

–¡El cuervo!
¡El cuervo come tierra![23]

Y al decir aquella frase la muchacha le dijo a su hermano:

–¡Hermano mío! ¿Cómo te has podido creer que una mujer haya dado a luz a unos perros?

La mujer del muchacho era un hada, así que sabía de sobra lo que había sucedido.

La tercera esposa les contó su historia:

–La primera mujer prometió que, si se casaba con este hombre, tejería un albornoz con la lana de una sola oveja. La segunda, que daría de comer a todo el pueblo con el muslo de un solo cordero. Y yo dije que, si me casaba con este hombre, tendría hijos con mechones de oro, si Dios así lo quería.

Entonces se dieron cuenta de que los muchachos de los que hablaba la mujer eran ellos, pues tenían mechones de oro.

[23] La informante formuló este pareado en árabe dialectal (*L'aghrab! / L'aghrab yakul trab!*).

Y le dijeron:

–¿Podrías reconocerlos si los vieras?

Y ella respondió:

–No, no creo. Ya deben de haber cambiado mucho. Pero sí podré reconocer sus mechones de oro.

En aquel instante el muchacho se quitó su *chechía*. Ella lo reconoció y le dijo:

–¡Tú eres uno de ellos!

La muchacha se quitó el pañuelo, y lo mismo…

Y la tierra se tragó a las otras dos mujeres.

El muchacho cogió a su padre y a su madre y se los llevó a vivir a su casa.

[Informante: Dj. M., de cuarenta y siete años y oriunda de Tafoughelt (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 15/9/2013. Versión traducida del cabileño]

La hermosa hijastra y los siete cazadores

(ATU 709)

Había una vez una mujer que estaba casada con un sultán que tenía una hija muy guapa. La hijastra de la sultana era muy hermosa, y, además, a medida que iba creciendo, se iba haciendo cada vez más y más guapa. Su madrastra estaba celosa de ella.

Un día le dijo a su marido:

–¡Tienes que deshacerte de tu hija! Te la llevas, la vendes o la matas. Lo que tú prefieras.

Y él respondió:

–Llévatela tú.

Y la madrastra se la llevó al zoco. De camino al zoco se puso delante de ella. Y en cuanto pasaron por allí unos comerciantes, la madrastra les preguntó:

–¡Sed bienvenidos! ¿Quién os parece más guapa, la de delante o la de detrás?

Se quedaron mirando a la muchacha de arriba abajo. Después la miraron a ella y respondieron:

–¡La más guapa es esa joven que está detrás de ti!

Y señalaron hacia el lugar donde estaba la muchacha.

Entonces la madrastra se la llevó a casa.

Al día siguiente volvieron a ir al mismo lugar y se colocó detrás de la muchacha. Y cuando pasaron unos comerciantes, la madrastra les preguntó:

–¡Sed bienvenidos! Decidme, ¿quién os parece más guapa, la de delante o la de detrás?

Se quedaron mirando a la muchacha y luego la miraron a ella. Después respondieron:

–¡La más guapa es esa que está delante de ti! –dijeron señalando otra vez a la hijastra.

La madrastra se la llevó a casa y se fue a buscar a una bruja para decirle esto y eso y lo otro…

Entonces la bruja le respondió:

–Ah, pues eso no es nada. Pídele a tu marido que te compre sábanas y ovillos de lana, y tú llévate a tu hijastra a la montaña. Una vez allí suelta el ovillo y dile: "Allá donde se detenga el ovillo será la estatura de tu padre". Luego envíala a buscarlo, y así terminará perdiéndose.

Se marchó, cogió el ovillo de lana y le dijo a la muchacha:

–Ven, que vamos a ir a tal sitio para tomarle las medidas a tu padre, que quiero tejerle un albornoz.

Y la muchacha le respondió:

–Los albornoces se tejen en casa.

Y la bruja le dijo:

–No, tu padre es demasiado alto.

Se fueron. Cogieron las sábanas y se marcharon.

Y la madrastra dijo:

–Yo voy a coger esta punta, y tú vas desenrollando el ovillo hasta que tengamos las medidas de tu padre.

La hijastra empezó a desenrollarlo. Al cabo de un rato la otra soltó la punta y entonces el ovillo empezó a rodar y a rodar y la muchacha

tuvo que ir a buscarlo. Pero el ovillo ya se había ido muy lejos.

Entonces se puso a mirar a su alrededor y ya no encontró el camino de vuelta. Así que le gritó a su madrastra:

–¡Vete, y que Dios te traicione como tú me has traicionado!

Y la muchacha continuó su camino. Echó a andar y estuvo caminando, caminando y caminando hasta que vio la silueta de una cabaña y se dijo a sí misma: "¡Venga, vete ahí!".

Una vez en la casa se encontró con siete hermanos. Eran siete cazadores. En aquel momento acababan de preparar la comida. Había siete platos de cuscús, siete jarras de salsa y siete perdices. Lo había preparado todo uno de ellos, el mismo que después se fue a buscar a los demás para que fueran a comer.

En aquel instante ella aprovechó el descuido del cazador para coger un pedazo de cada perdiz, una cucharada de cada plato y un poco de salsa de cada jarra. Luego subió al desván, al que ellos no subían nunca, y se quedó allí agazapada.

Entonces llegaron los hermanos y dijeron:

–¡Ay, nos han robado en casa!

Y uno de ellos dijo:

–¡Bueno, ahora comed!

Y se pusieron a comer. Al día siguiente le tocaba al mayor de todos hacer todas las tareas de casa. Lo arregló todo y luego se marchó.

De nuevo, en cuanto se hubieron marchado, ella bajó del desván, comió y se volvió a esconder. Aquella vez tampoco la pillaron.

Al tercer día el menor de los hermanos cazadores[24] lo organizó todo: colocó las perdices, los platos... Los demás se habían ido de caza. Al terminar el cazador cogió una carabina y se fue al establo.

En aquel momento ella bajaba del desván. Él salió, la sorprendió por la espalda, y le dijo:

–Te prometo, en nombre de Dios, que no te voy a hacer daño. ¡Pero vuelve al desván! ¡Te juro, en nombre de Dios, que no te haré nada!

Entonces le dio un plato de cuscús y una perdiz. Ella comió, bebió agua y el cazador le dijo:

–Ahora vuelve a subir adonde estabas. Y ¡cuidado! ¡No se te ocurra volver a bajar hasta que yo no te lo diga!

Después él se marchó a buscar a los demás, y cuando llegaron a casa, sus hermanos le dijeron:

–Pero ¿qué es esto? ¡Aquí falta una ración!

Y él respondió:

–Perdonadme, pero me entró mucha hambre y me he comido mi parte.

Y le preguntaron:

–¿Por qué?

Y él respondió:

–No os lo puedo decir.

Por la noche los hermanos cenaron juntos y luego se quedaron todos hablando. Y el pequeño les dijo:

[24] Más adelante el lector descubrirá que la protagonista se casó con este cazador en cierto momento posterior a este pasaje, aunque la narradora olvidó mencionar el episodio de la boda.

–Está bien, os lo voy a decir. Pero antes tenéis que prometerme que no le vais a hacer nada a la persona que he atrapado.

Y ellos respondieron:

–Te juramos, en nombre de Dios, que no sufrirá ni el más mínimo daño, ya sea un hombre o una mujer.

Entonces le hizo una señal a la muchacha para que bajara. Ella se puso al lado de él. Y luego empezó a decirles a sus hermanos:

–Esta muchacha es un regalo de Dios. Y ahora, en lugar de cazar siete perdices, tendremos que traer ocho.

Y después le dijo a ella:

–Pero tú te encargarás de hacer todas las tareas de casa. ¡Y ten mucho cuidado con el garbanzo de la gata que está siempre al lado del *kanun*! Que no se te olvide dejarlo a un lado para no perderlo.

Y ella respondió:

–De acuerdo.

A la mañana siguiente le dijo a la gata:

–¡Recoge tu garbanzo y déjalo aparte!

La gata obedeció y volvió a dejar el garbanzo en su sitio.

Pero un día la gata empezó a sospechar que allí estaba ocurriendo algo raro. Y entonces, cuando la muchacha le dijo:

–¡Gata, recoge tu garbanzo!

La gata respondió:

–¡No!

Y la muchacha le volvió a decir:

–¡Gata, recoge tu garbanzo, que tengo que hacer la limpieza!

Y la gata contestó:

–¡Que no!

Y la muchacha insistió:

–¡Recógelo, o me lo como!

La gata le dijo:

–¡Pues cómetelo!

Así que la muchacha recogió el garbanzo y se lo metió en la boca.

Y la gata se puso a llorar. Luego le dijo a la muchacha:

–¡Devuélveme mi garbanzo, o me meo en el *kanun*! ¡Devuélveme mi garbanzo, o me meo en el *kanun*!

Y ella, que estaba muy enfadada, le dijo:

–¡Méate en el *kanun* si te da la gana!

Y, sin más, la gata se fue, separó las patas y se meó en el *kanun*. Era el único *kanun* que tenían.

La muchacha se puso a buscar algo para volver a encenderlo, pero no encontró fuego por ninguna parte. ¿Cómo iba a explicarles aquello a los siete hermanos?

Así que cogió un hacha y se marchó. Estuvo caminando, caminando y caminando hasta que vio una silueta de una casa de la que salía humo. Al llegar allí se dio cuenta de que era la casa de Waghzan[25], el monstruo. Llamó a la puerta y dijo:

---

[25] *Waghzan*, en cabileño designa, en sí mismo, "monstruo"; pero en muchos relatos el término se emplea como nombre propio del personaje. En esta traducción hemos adaptado ligeramente la grafía bereber (*wayzan*) para facilitar la pronunciación a los lectores hispanohablantes.

–¿Hay fuego?
Y Waghzan le dijo:
–¿Habas?
–¡No! ¿Hay fuego?
–¿Rueca de lana?
–¡No! ¿Hay fuego?
–¿Varilla de lizos?
–¿Fuego?
–¡Pasa![26]

(*Tuvo que responder a varias preguntas antes de que el monstruo le diera el fuego*).

Y en cuanto la muchacha se marchó con la tea, Waghzan le dio un golpe.

Después ella se puso a caminar de vuelta a casa y a su paso fue dejando un rastro de sangre.

Entonces un pájaro voló detrás de ella y se puso a beber las gotas de sangre que la muchacha iba dejando. Y justo antes de llegar a casa ella le gritó:

–¡Espero que sufras tanto como yo estoy sufriendo por mi herida!

Y el pájaro le respondió:

–¿Así me lo pagas? Y yo que estaba bebiéndome tus gotas de sangre para que el monstruo no pudiera seguirte. ¡Pues ahora voy a volver a colocar las gotas donde estaban!

Una vez en casa la muchacha empezó a tener miedo. Al día siguiente Waghzan llamó a la puerta y le preguntó:

---

[26] En cab.: *–Tela times? / –Ibawen? / –Xxati! Ma tela lɛafia? / –Ifegagen? / –Xxati. Ma tela lɛafia? / –Tirigliwin? / –Times? / –Kw cmed!*

–¿En qué estoy sentado?
–En una silla dorada.
–Y ¿qué llevo en la cabeza?
–Un turbante[27].

Después volvió a marcharse. Y así continuó durante tres días. Ella estaba muerta de miedo.

Se había casado con el cazador más joven de los siete. Y entonces su marido le preguntó:

–¿Qué te ocurre? ¿Qué sucede?

Y ella respondió:

–Nada, no me pasa nada.

Su marido decidió ponerse a vigilar la región. Cavaron un foso frente a la puerta de la casa, lo cubrieron, y después su marido le dijo:

–Mañana, cuando llegue Waghzan, tú ponte a hacer lo que te dé la gana. Dile lo que quieras.

Y al día siguiente el ogro le preguntó:

–¿Qué llevo en la cabeza?
–¡Las tripas de un burro!
–¡En qué estoy sentado!
–¡En el lomo de un burro![28]

Al escuchar aquello Waghzan dio un grito y pegó un salto sobre ella con la intención de comérsela. Pero entonces se cayó en el agujero.

---

[27] El ogro formula las preguntas en árabe dialectal y la muchacha responde en cabileño (*–Bach aâla meqaâd? / –A fu karsi dahbi. / –Wach kan aâla rasi? / –Aâmam*).

[28] Como en el caso anterior, el ogro pregunta en árabe dialectal y la joven responde en cabileño (*–Wach kayan aâla rassi? / –Igeɣdan b aɣyul! / –Wach kayan aâla meqaâd? / –U fiɣkid t qimed af aɣyul!*).

Su marido salió del establo y tiró una cerilla. Al instante todo salió ardiendo, porque habían puesto pólvora en el foso.

Y luego su marido le dijo:

–Puedes plantar semillas donde mejor te parezca, pero no se te ocurra tocar en este lugar.

Ella le hizo caso y no tocó.

Durante un tiempo la muchacha comió mucho, y las cosas le fueron muy bien. No le ocurrió nada de nada…

Pero al llegar la primavera, crecieron malas hierbas frente a la puerta. Estaban afeando mucho la entrada, y eso a ella no le gustaba nada de nada. Pensaba: "Todo está limpio y bonito, pero este lugar lo afea todo".

Así que cogió un hacha y una pala y empezó a cortarlas. Y justo en aquel momento, de repente, al retirar uno de los huesos del ogro, ¡se quedó muda!

El cuento,
río, río,
¡os lo he contado,
a vosotros, los nobles!

[Informante: K. H., de veintidós años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su tía, que también es originaria de Bugía. Registrado el 9/4/2013. Versión traducida del cabileño]

La mujer que cocinó a su hijastro

(ATU 720)

Cuentan que hace mucho, mucho tiempo murió la reina de un país. Al cabo de unos años su marido volvió a casarse con una mujer mala que odiaba a los dos hijos del rey, que eran un niño y una niña.

Los príncipes fueron creciendo. Se hicieron mayores y se convirtieron en unos jóvenes muy sanos y guapos.

Un día la madrastra quiso hacerle mucho daño a la princesa. Y para conseguirlo, lo que hizo fue matar a su hermano, cortarlo en pedazos y cocinarlo después para servírselo como cena.

Al cabo de unas horas la muchacha empezó a preocuparse mucho, porque no había visto a su hermano durante todo el día y se temía que le hubiera pasado algo terrible.

Cuando llegó la hora de la cena, la madrastra le sirvió el plato de carne. Pero la princesa no quiso siquiera probar bocado, porque sospechaba que la carne podría ser la de su hermano.

Como estaba demasiado preocupada para comer, se puso a tararear una canción muy triste:

–*Oh, hermano, de mi padre y de mi madre*[29]...

Entonces a la mañana siguiente la princesa fue a buscar a un morabito que vivía en el

[29] La informante no recuerda la tonada completa.

bosque que rodeaba el castillo. Nada más llegar le contó lo que le había ocurrido.

El morabito le recomendó que recogiera uno por uno los huesos que habían quedado de la cena y que se los llevara hasta el corazón del bosque. Después tendría que quedarse esperando y esperando hasta que los huesos se terminaran juntando y su hermano recuperara su forma.

La muchacha hizo punto por punto lo que le había aconsejado el morabito. Juntó los huesos de la cena, los metió en un saco y se dirigió al centro del bosque. Una vez allí dejó el saco y se sentó a esperar.

Estuvo esperando varias semanas hasta que por fin, después de cuarenta días, los huesos empezaron a unirse. Al cabo de un rato la muchacha retiró el saco y… ¡era su hermano!

El muchacho se puso en pie y le dio un abrazo. Se abrazaron y lloraron de alegría. Después le contó todo lo que su madrastra le había hecho, y entonces tramaron un plan para vengarse.

Su madrastra tenía una hija fea y mala... Así que aquella misma noche la atraparon y la mataron. Después la cortaron en pedazos y la cocinaron.

Al día siguiente le sirvieron a la madrastra la carne de su propia hija. Ella no sospechó nada de nada. Como no reconoció a su hija, se comió todo el asado.

Y así fue como los dos hermanos se vengaron de su madrastra.

Después se escaparon del castillo de su padre y se fueron muy lejos, donde vivieron felices para siempre.

[Informante: S. Ch., de veinticinco años y oriunda de Argel (valiato de Argel). Se lo contó su madre, que es oriunda de Médéa (valiato de Médéa). Recogido el 1/11/2012. Versión traducida del árabe]

La prometida olvidada

(ATU 884)

Érase una vez una muchacha de una belleza brillante que vivía con sus siete hermanos, que eran ogros.

Un día el hijo del rey escuchó que todo el mundo hablaba de su belleza, así que decidió ir a salvarla de sus hermanos y proponerle que se casara con él.

Con aquella intención el príncipe viajó hasta la casa de la muchacha y consiguió sacarla de la casa de los ogros. Por el camino de regreso, tuvo dificultades para cruzar el río. Entonces llamó a un águila y le pidió que les llevara sobre su espalda hasta la otra orilla.

El águila le puso como condición que le diera siete filetes de carne. Le dijo que cada vez que recorría cierta distancia necesitaba comer un filete.

El águila echó a volar, y el príncipe le fue dando los filetes hasta un total de seis. Hacia la mitad del camino le pidió el séptimo filete y le amenazó con que, si no se lo daba, los arrojaría al agua. Y el príncipe, como ya no le quedaban más filetes, tuvo que cortarse una parte de su propio muslo. Luego se la dio al águila para que siguiera llevándolos sobre su lomo hasta la otra ribera.

Una vez que estuvieron en tierra se pararon en una fuente para beber. El príncipe bebió agua y después se marchó. Abandonó allí a la muchacha…

La muchacha se quedó esperando el regreso del príncipe, pero él no volvía...

Al cabo de un buen rato, temblando de miedo, se subió a un árbol y se quedó allí sentada. El agua de la fuente corría justo por debajo del árbol, y su bonita cara se reflejaba en el agua.

Todos los días las muchachas iban a la fuente para coger agua, y en cuanto veían el reflejo de la cara de la muchacha pensaban que era la suya y decían:

–¡Oh, pero hay que ver qué guapa soy! ¡Con lo guapa que soy yo, y aquí me tienen cogiendo agua de la fuente!

Y tras decir aquello dejaban caer sus los cántaros y volvían a casa.

Un día pasó por allí una vieja para coger agua y, en cuanto vio el reflejo de la cara de la muchacha, pegó un grito y se fue corriendo a coger un espejo. Se miró en él y empezó a comparar su cara con la del reflejo del agua. En aquel momento la vieja se dio cuenta de que no eran las mismas; la suya era negra y llena de arrugas, mientras que la del reflejo brillaba de belleza.

Entonces le dijo a la muchacha:

–¡Tú, la que está ahí arriba! ¡Por el amor de Dios y de su Profeta, bájate para que hablemos y pueda conocerte!

La muchacha bajó del árbol y le suplicó a la vieja que no le contara a nadie lo que acababa de descubrir. La vieja aceptó y le dio un albornoz. Al instante la muchacha se lo puso y se disfrazó

de hombre. Se fue a la mezquita y empezó a trabajar como almuecín.

Después fueron pasando los días, y el príncipe terminó olvidándose completamente de la muchacha. Su padre decidió casarlo, así que le preparó una gran boda e invitaron a todo el mundo.

Los músicos se pusieron a tocar sus instrumentos y enseguida los invitados y el príncipe empezaron a bailar. La muchacha del árbol, que se había enterado del matrimonio, le dio dos huevos a la vieja y luego le pidió que los arrojara a la pista de baile donde el príncipe estaba bailando.

Y así lo hizo la vieja. En cuanto los dos huevos cayeron al suelo, salieron dos palomas y empezaron a revolotear alrededor de la cabeza del príncipe mientras cantaban:

–¿Qué es lo que se te ha olvidado? ¿Qué se te ha olvidado? ¡En cuanto te acuerdes, llorarás! ¡Recuerda a la muchacha que abandonaste en la fuente! Fue por ella por quien te cortaste un pedazo del muslo.

Inmediatamente el príncipe ordenó a los músicos que dejaran de tocar y se puso a escuchar con atención lo que le estaban diciendo las palomas. Ellas volvieron a cantar hasta que el príncipe por fin logró recordar a la muchacha y su aventura.

A continuación mandó que buscaran a la persona que había arrojado los huevos a la pista. Le llevaron a la vieja. Él le pidió que se explicase, y entonces la vieja le contó la historia desde el principio.

Luego el príncipe abandonó a su nueva esposa y se fue en busca de la muchacha de la fuente. Echó un vistazo a su muslo y comprobó que, efectivamente, allí había una cicatriz como testigo de que había cortado un pedazo.

Así que se casaron y vivieron felices.

[Informante: Dj. H., de setenta y seis años, y oriunda de Aït Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 24/9/2013. Versión traducida del cabileño]

La princesa muda y la muñeca de madera

(ATU 945)

–*Amacahu!*
[–*Ahu!*]

Había una vez un sultán que tenía una hija. La muchacha vivía en una habitación donde había una ventana, y le gustaba mucho mirar a través de ella. Siempre se quedaba mirando fijamente a un pescador que pasaba por allí todos los días. Él le gustaba mucho, y todas las mañanas se asomaba a la ventana para observarlo.

Pero el pescador se decía a sí mismo: "Esa es la hija del sultán; no puedo acercarme a ella".

Una mañana los guardianes del castillo lo vieron pasar por allí y fueron a decírselo al sultán. Este entonces mandó que condenaran la ventana, y desde aquel día la muchacha perdió la voz. Se quedó muda. Se aisló en su habitación; sola, sin decir nada.

El sultán empezó a preocuparse y se puso a buscar una solución para que su hija recuperara la voz. Entonces mandó pregonar por todo el país que entregaría la mano de su hija a aquel que consiguiera hacerla hablar.

Pero cada vez que uno de los pretendientes lo intentaba no lo conseguía. Cada vez que un hombre lo intentaba, fracasaba… Y los candidatos llegaban de todas partes.

Hasta que por fin un buen día el pescador se decidió a probar suerte. Se acercó al sultán y le dijo:

–Yo lo conseguiré. Pero necesito una vela y cerillas.

El sultán le preguntó:

–¿Es eso todo lo que necesitas?

Y él respondió:

–Sí.

Le dieron la vela y las cerillas, y después él les pidió que lo dejaran a solas con la princesa.

Entró en la cámara, encendió la vela y la colocó encima de la mesa. Entonces empezó a contarle a la vela:

–Vela, una vez cometí un error y corté un árbol. Y por aquel error me metieron en la cárcel. Como me aburría mucho en la cárcel, me puse a tallar el tronco del árbol. Empecé a tallar el tronco, y fui tallándolo y tallándolo hasta hacer una muñeca de madera.

Al final me dejaron libre, y salí de la cárcel. Pero se me olvidó la muñeca en la celda.

Después metieron a un pintor en la misma celda, y, como se aburría, se puso a pintar la muñeca. Pero a él también, cuando lo dejaron libre, se le olvidó la muñeca en el interior de la celda.

Luego metieron allí a un sastre. Y, como aquel también se aburría, le hizo ropa a la muñeca y la vistió. Pero aquella vez, al salir, el sastre sí se llevó la muñeca.

Cuando nosotros dos, el pintor y yo, vimos la muñeca, fuimos a pedírsela al sastre. Cada uno decía que era suya.

Yo dije:

–Fui yo quien la esculpió; de manera que es mía. ¡Yo me la llevaré!

Y el pintor dijo:

–No, yo fui quien la pintó. Yo me la llevaré.

Entonces los tres fuimos a ver a un juez para que tomara una decisión. Yo le dije:

–Yo fui quien la esculpió. Yo me la llevaré.

Y el pintor dijo:

–No, yo la pinté. Yo le hice los ojos. Yo le hice todo. Tú solo le diste la forma y la dejaste tal cual.

El último dijo:

–Vosotros la dejasteis desnuda. Fui yo quien la vistió.

Y una vez que nos hubo escuchado a los tres el juez dijo:

–Está bien. Parad. Soy yo quien va a decidir a quién le pertenece. Ya sé a quién voy a dársela.

Y justo en aquel momento la vela del pescador se apagó. Y el pescador dijo:

–Mi vela se termina,
y mi cuento se acaba[30].

Y entonces dijo la princesa:

–Pero ¡no! ¿Quién se llevó por fin la muñeca?

Y entonces el pescador le contestó:

–Pues he sido yo. He conseguido que hables. ¡Así que seré yo quien se quede contigo!

[Informante: H. H., de treinta años y oriunda de Sidi Aiche (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su abuela, que también es originaria de Sidi Aiche. Registrado el 17/7/2013. Versión traducida del cabileño]

[30] En cab.: *Tachumuât tensa. / Tahkaytiw tekfa.*

La madre y el ogro

(ATU 958)

Había una vez una mujer a la que se le había metido un ogro en casa. Era de noche. Ella estaba sola, y su cuñado estaba en el patio. De repente el ogro se metió en casa. Se quedó allí y se puso a dar gritos, a hacer mucho ruido. Estaba lleno de pelo y tenía unas orejas enormes.

Entonces se sentó al lado del *kanun* para calentarse y se puso a esperar a que la mujer se quedara dormida para comérsela o para llevársela… Se quedó esperando a ver lo que ocurría.

La mujer estaba meciendo a su hijo en sus brazos. Y en cuanto vio al ogro, comenzó a cantar para que su cuñado la oyera:

¡Vecino mío, Abdallah!
¡Ven! ¡Sálvame!
¡Ha salido el viejo
y quiere comerme!
¡Memi, memi, memi[31]*!*

Y cantaba aquello mientras lloraba.

Pero al ogro no le pareció bien que ella se pusiera a cantar. Así que le dijo:

---

[31] En cab.: *L'ǧar iw, Abedallah! / Salakwni, yalah! / Ifɣad ccix tabani / yebɣa adisbah fani! / Memi, memi, memi!* La repetición *memi, memi, memi* del último verso es una interjección, de significado desconocido, que las madres suelen emplear para adormecer a sus hijos mientras los están acunando.

–¡Cállate!

Y ella siguió cantando lo mismo hasta que consiguió que su cuñado la escuchara. Rápidamente él se subió al tejado de la cabaña, retiró un ladrillo y vio que la mujer corría peligro de verdad. ¡El ogro estaba allí!

El cuñado no entró por la puerta, porque tenía miedo de que el ogro lo atacara. Si entraba por allí, seguro que el ogro se lo iba a comer. Sabía que le iba a atacar con las uñas. Así que le apuntó con su fusil desde el tejado de la casa, disparó y lo mató.

[Informante: Dj. H., de setenta y seis años y oriunda de Aït Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 24/12/2013. Versión traducida del cabileño]

El cazador y la ogresa

(ATU 958K*)

Había una vez un cazador que iba montado en su caballo. Iba cabalgando y cabalgando hasta que llegó a una fuente, y allí se encontró con una muchacha que estaba llorando.

Se acercó a ella y le dijo:

–¿Qué te ocurre?

Y ella le dijo:

–Pues que me he confundido de camino. Ahora ya no puedo volver a casa y no sé qué hacer…

Entonces él le dijo:

–¡Venga, móntate en mi caballo! Ponte detrás de mí, que yo te llevaré.

La pequeña subió a la grupa y empezaron a cabalgar. Cabalgaron y cabalgaron.

Pero, en realidad, ella era una ogresa. Y a medida que el caballo iba avanzando, ella iba creciendo más y más.

El hombre sintió que había algo raro. Y en cuanto se giró, notó que llevaba a una ogresa en la grupa. Y como se había dado cuenta, empezó a espolear a su caballo para que la otra se cayera.

Pero ella también notó que el jinete se había dado cuenta, así que se agarró con fuerza a él. Entonces le dijo:

–¡Ay, ahora que veo lo rojas que son tus orejas, voy a comérmelas!

Él siguió espoleando su caballo. Y no dejó de hacerlo hasta que la ogresa terminó cayéndose.

En cuanto llegó a su casa el cazador se escondió y trancó la puerta. Luego llegó ella y empezó a dar golpes y golpes. Le decía:

–¡Ahora que he visto esas orejas rojas, te aseguro que me las voy a comer!

A él no le quedaba más remedio que quedarse allí, encerrado en su casa. No podía salir porque tenía miedo de ella. No salía ni siquiera para cazar.

Al cabo de un rato ella se subió al tejado e intentó colarse por allí. Se asomó por una rendija, pero no se atrevió a entrar. Entonces empezó a repetirle una y otra vez desde allí arriba:

–¡Te aseguro que, ahora que ya he visto esas orejas rojas, me las voy a comer!

Y por mucho que él intentó echarla, la ogresa no quiso marcharse. ¡No paraba de perseguirlo por todas partes!

Se quedó allí encerrado durante mucho tiempo hasta que por fin se le ocurrió encender fuego en el tejado para quemarla. Le tiró un tizón ardiendo, y la ogresa salió corriendo. El fuego prendió bien en su pelo, y no le quedó más remedio que salir de la casa.

Y desde aquel día, incluso hasta la actualidad, dicen que cuando uno sale de su casa nunca debe mirar hacia atrás. De lo contrario verá a la ogresa y no dejará de perseguirlo.

[Informante: F.-Z. M., de treinta y dos años y oriunda de Attouche (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 20/1/2014. Versión traducida del cabileño]

El hijo ingrato

(El-Shamy 980H§)

Había una vez hace muchos, muchos años una mujer cuyo marido había muerto. Ella se había quedado sola con su hijo. Era muy pobre y no tenía a nadie. Vivía sola en una habitación. No tenía a nadie que le diera dinero o que le llevara comida.

Se dedicaba a trabajar para otros. Ella les cultivaba la tierra y la araba. También trabajaba dentro de las casas. Y todo eso lo hacía solo a cambio de un poco de trigo para alimentar a su hijo.

La mujer le llevaba a su hijo todo lo que fuera dulce y bueno, ya fuera un higo o un higo chumbo. Lo cogía fuera de casa y se lo llevaba a su hijo.

Los días fueron pasando… Pasaron los meses y los años. Su hijo fue creciendo y le llegó la edad de casarse. Entonces su madre empezó a buscarle una muchacha que fuera de buena familia para casarlo. Y al cabo de unos días le llevó a una mujer muy guapa, bella como una joya.

Durante los primeros días la novia quería a su suegra como si fuera su propia madre. Pero cuando tuvo hijos, dejó de quererla y solo se buscaba excusas para discutir con ella.

A la pobre anciana no le importaba mucho el comportamiento de su nuera. Solamente quería que su hijo fuera feliz. Así que no se

quejó y nunca le dijo nada a su hijo sobre lo que le estaba haciendo su mujer.

Hasta que un día, por la tarde, cuando el marido llegó a casa, su esposa le dijo:

–¡Ay, el mejor de los hombres, padre de mis hijos y hombre de mi vida! Tu madre se ha convertido en una enfermedad en esta casa. Me la encuentro por todas partes. Ya no puedo vivir con ella.

Su marido le dijo:

–Y ¿qué quieres que haga? Es mi madre. Fue ella la que me crio en la miseria e hizo de mí un hombre. Fue ella la que te trajo a esta casa. ¿Qué quieres que le haga?

Su malvada esposa le dijo:

–¡Arréglatelas como quieras! ¡Haz lo que te dé la gana con ella, pero yo no quiero encontrármela en casa mañana por la mañana!

Y dijo él:

–Y ¿qué propones que le haga?

Dijo:

–Pues llévatela al bosque y mátala. ¡Ah!, y tráeme su hígado para demostrarme que la has matado.

Su marido le dijo:

–¡Es imposible que le haga eso! ¡Es mi querida madre!

Ella le dijo:

–O se lo haces o no volverás a verme ni a mí ni a tus hijos. Nos iremos de casa y ya no volverás a vernos nunca más.

Al pobre hombre no se le ocurría ninguna solución. Ya no sabía qué hacer. Se quedó toda la noche pensando en qué podría hacer.

Al día siguiente se levantó y le dijo a su madre:

–¡Mi querida madre!

Y dijo ella:

–¿Sí, hijo mío?

Dijo:

–¡Vamos, ven conmigo!

Y ella respondió:

–No hay problema, iré contigo adonde quieras, querido hijo. Me voy contigo.

Él se marchó. Se llevó a su madre al bosque y allí la mató. Le sacó el hígado y lo metió en la capucha de su albornoz.

Por el camino de vuelta a casa se encontró con todos los hombres del pueblo, que le estaban cortando el paso. Se enfrentaron a él: uno con un cuchillo, otro con una navaja, otro con un hacha... Querían matarlo por haber asesinado a su madre.

Cuando se acercaron a él con la intención de matarlo, el hígado de su madre empezó a hablar desde la capucha del albornoz y les dijo:

–¡No, por favor! ¡No lo matéis! ¡Es mi querido hijo! ¡Es el hijo de mis entrañas! Aunque me haya matado él a mí, mi amor de madre nunca podría permitir que lo matarais.

[Informante: D. T., de veinticuatro años y oriunda de Tigzirt (valiato de la Gran Cabilia). Se lo contó su abuela, que tiene ochenta y tres años y que es originaria de Taksebte (valiato de la Gran Cabilia). Recogido el 5/12/2013. Versión traducida del cabileño]

El hombre que defendió al diablo

(ATU 846 + ATU 1645B)

Érase una vez un hombre que estaba muy intrigado porque todos los días escuchaba "¡Dios maldiga al diablo, Dios maldiga al diablo!". No entendía por qué cada vez que alguien estaba de mal humor se dedicaba a desearle mala suerte al diablo.

Así que un día ya no soportó más y se dirigió a un grupo de personas que estaba diciendo "¡Dios maldiga al diablo!":

–Pero, bueno, ¿me queréis decir por qué no dejáis de maldecir al diablo? ¿Se puede saber qué os ha hecho él?

Y desde aquel día, cada vez que la gente maldecía al diablo, él salía en su defensa y se enfrentaba con quien se metiera con él.

El diablo se enteró de que había un hombre que lo estaba defendiendo y decidió bajar a la tierra para hablar con él y agradecerle su ayuda. Lo buscó por las calles de la medina y, cuando por fin lo encontró, le dijo:

–¡Muchas gracias! ¡Te lo agradezco mucho! Tú eres el único ser humano que me defiende.

Y el hombre le respondió:

–¡Pues claro! Los hombres se pasan el tiempo haciendo el imbécil, soltando mierda, ¡y luego encima se atreven a maldecirte! ¡Como si fuera culpa tuya! Yo no estoy para nada de acuerdo con ellos. Tú no has hecho nada de nada. La culpa de tanto mal en la tierra es de la gente y solo de la gente.

Entonces el diablo soltó una carcajada y le dijo:

–Es verdad. ¡La gente es mala! ¡No para de maldecirme! Bueno, para agradecértelo, pídeme lo que quieras, que te lo voy a conceder con mucho gusto.

El hombre se puso muy contento, y le dijo:

–Pues lo que yo quiero es… ¡dar la vuelta al mundo!

Al instante el diablo hizo un gesto con la mano y enseguida apareció de la nada una alfombra voladora. Después le invitó a que subiera en ella. Los dos montaron y empezaron a ascender por los aires.

Una vez en el cielo el hombre se quedó impresionado al ver el mundo debajo sus pies. ¡Qué vista había! ¡Era maravilloso! ¡Y además podía bajar allá donde quisiera!

Pero entonces, justo en el momento más inoportuno, el hombre empezó a sentir ganas de mear, y tuvo que pedirle al diablo:

–¡Ay, ay, ay, que tengo muchas ganas de mear! ¿Te importaría que bajáramos un momento?

Y el diablo le respondió:

–Pero, ¿qué más te da? ¿No has visto lo amable que soy? Sabes de sobra que la gente de ahí abajo no para de maldecirme. Así que, como te podrás imaginar, no tengo muchas ganas de bajar al mundo de los humanos. Si tienes ganas de hacer pis, ¿por qué no les meas encima? ¡Mea por ahí, por ejemplo!

El hombre le respondió:

–Pues es verdad. Tienes razón. ¡No vale la pena bajar! Como no paran de maldecirte injustamente, les voy a mear encima. ¡Se lo merecen! Mira, voy a mear por ahí…

El hombre se bajó los pantalones y empezó a mear, a vaciarse entero. Y mientras tanto se reía de la gente de abajo.

Y cuando ya se quedó bien vacío y aliviado, ¡se despertó! Resulta que había estado durmiendo. ¡Aquello había sido solo un sueño! Toda su aventura con el diablo había sido un sueño.

Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que se había meado en la cama y de que el diablo había estado burlándose de él.

Y el hombre empezó a repetir sin parar:

–¡Que Dios maldiga al diablo, que Dios maldiga al diablo!

[Informante: R. B., de veinticuatro años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su padre, que también es originario de Bugía. Recogido el 25/9/2012. Versión traducida del árabe]

El sultán y el hombre pobre

(ATU 875 + El-Shamy 875C1§)

Érase una vez un hombre muy pobre que tenía siete hijas.

Un día el hijo del sultán quiso casarse. Entonces la gente empezó a darle consejos. Le decían que había un hombre que tenía una hija estupenda. No había ninguna mejor que ella: era sabia, inteligente y hermosa.

Le aconsejaron que fuera a pedirle la mano. Seguro que su padre se la iba a conceder. Le dijeron que ella era la más joven de las hermanas. El príncipe les preguntó cómo iba a reconocerla entre todas sus hermanas, y le dijeron que iba a darse cuenta porque ella era la más lista de todas.

Así que se fue a la casa de las siete muchachas y le anunció al padre que al día siguiente iría a cenar a su casa. El padre, que era pobre, le dijo:

–¿Cómo que quieres cenar en mi casa? Si yo no tengo nada que servirte. No tengo nada para cocinarte. Ni siquiera tengo comida para una sola noche.

Y el príncipe respondió:

–No hace falta que cocines ni nada. Tú tienes gallos, ¿no?

El pobre le dijo que tenía dos gallos. El príncipe entonces le pidió que le cocinara un gallo entero, con sus muslos, sus alas y todo. Le advirtió también de que no le cortara la cabeza. Solo tenía que quitarle las tripas, cocinarlo y

después tenía que dejarlo tal cual hasta que él llegara.

Cuando el pobre llegó a casa le dijo a su mujer que el príncipe iba a venir a cenar. Entonces su mujer se enfadó con él:

–Y ¿cómo has podido aceptar que el príncipe venga a cenar a nuestra casa? Dime, ¿qué tenemos nosotros para servirle?

El pobre le dijo que ya se lo había advertido él, pero que el príncipe no quiso atender a razones, y le pidió que le cocinara un gallo entero, con la cabeza, las patas y las alas. Y le dijo que luego lo dejara encima de la mesa hasta que él llegara.

Así que la mujer limpió el gallo y lo cocinó entero: con las patas, las alas y la cabeza. Una vez que estuvo preparado, lo dejó encima de la mesa, y después se quedaron esperando a que llegara el príncipe.

Por fin llegó el hijo del sultán. El pobre y su mujer le dieron la bienvenida y le dijeron que le habían cocinado el gallo y que no tenían nada más. Él les dijo que con eso habría más que suficiente.

A continuación cogió el gallo y se puso a trincharlo. Le cortó primero la cabeza y se la entregó al viejo pobre. Luego cortó la pechuga y se la dio a la mujer. Después le cortó las alas y se las dio a las hijas del pobre. Le quitó los muslos y los repartió entre los dos hijos. Por fin él se guardó las patas en un pañuelo, las metió en un saquito que llevaba y se marchó de la casa.

Entonces el príncipe se quedó escuchando detrás de la puerta para espiar lo que decían.

El padre dijo:

–¡Solo quería ponernos en un aprieto! ¡Ni siquiera ha probado bocado!

Y la hija más joven le dijo a su padre:

–¡Ay, padre! ¿No lo has entendido? Te dio la cabeza a ti porque tú eres el jefe de la casa. Les dio los muslos a mis hermanos porque son ellos los muslos de la casa[32]. Le dio la pechuga a mi madre porque ella es el corazón de la casa. A nosotras nos dio las alas, porque llegará el día en que nos casemos, y entonces tendremos que dejarte. Y él se quedó con las patas, porque fueron sus pies quienes le trajeron hasta aquí y fueron ellos quienes se lo llevaron después.

Al escuchar aquello el príncipe volvió a entrar en la casa y le dijo al padre:

–¡Me casaré con tu hija!

El pobre respondió:

–¡No, no puedo aceptarlo! Tú eres el hijo del sultán, y yo solo soy una persona muy humilde.

Entonces el príncipe le dijo que había decidido casarse con su hija y que no le diera más vueltas.

Pasaron unos meses, y entonces el príncipe volvió a la casa del pobre. A su llegada celebraron una boda que duró siete días y siete noches, y cuando hubo terminado el príncipe se llevó a su esposa.

---

[32] *Son ellos los muslos de la casa* (cab.: *timeṣṣadin b axxam*), es decir, "los pilares del hogar, pues ellos van a quedarse toda la vida en la casa y no se marcharán nunca de ella" explicó después la informante.

Unos años después llegaron al pueblo dos mendigos. Cuando cayó la noche, los pobres se fueron a la mezquita y se quedaron allí a dormir. Uno de ellos llevaba una yegua y el otro una burra.

Aquella misma noche la burra parió un pollino, y la yegua un potrillo. En cuanto nacieron, el dueño de la burra, que era malvado, cogió al potro y lo colocó al lado de la burra, y al pollino lo puso al lado de la yegua. Los cambió de lugar. Así que desde aquel momento el potro empezó a seguir a la burra, y el pollino a la yegua.

Al día siguiente el dueño de la yegua dijo:

–¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser que la yegua haya parido un burro, y la burra un caballo?

Y entonces dijo el propietario de la yegua, que todavía no podía creerse lo que veían sus ojos:

–El potro es mío, y el pollino tuyo.

El otro le dijo:

–Ya veremos. Vamos a soltarlos, y que cada uno siga a su madre. Si sigue a la yegua, pues ella será su madre.

Y así hicieron. En cuanto los soltaron, el pollino se puso a seguir a la yegua, y el potro a la burra.

Pero el amo de la yegua se negó a aceptar que había perdido y se puso a llorar. Entonces se fue a ver al sultán[33] para pedir justicia. Le dijo:

[33] Este sultán es el príncipe del pasaje precedente; el mismo que repartió el gallo en casa del pobre y que se casó con la campesina inteligente.

–Los dos hemos pasado la noche en la mezquita. Él tiene una burra, y yo una yegua. Ayer por la noche las dos parieron. Estoy seguro de que él se levantó por la noche y cambió de lugar a las crías.

El sultán le dijo que no debía preocuparse. Lo único que tenía que hacer era soltarlas y dejar que cada una siguiera a su madre.

Y las soltaron. Pero entonces volvió a suceder lo mismo que la primera vez.

El amo de la yegua se puso a llorar:

–¿Cómo es posible que el dueño de la yegua se haya quedado con el burro y que el dueño de la burra se haya quedado con el caballo?

Y se puso a llorar bajo la casa del sultán.

Entonces la esposa del sultán escuchó que alguien estaba llorando y se asomó por la ventana. Le dijo al mendigo:

–Fulano, ¿por qué estás llorando?

Y dijo él:

–Y ¿cómo quieres que no llore? Ayer llegué a la ciudad con mi compañero y los dos nos quedamos a dormir en la mezquita. Él tenía una burra, y yo una yegua. Las dos parieron ayer. Por la noche él cambió de lugar a los animales recién nacidos. Yo fui a quejarme al sultán, y me dijo que los dejara libres, y que cada uno seguiría a su madre. Pero, ¿cómo es posible que un pollino siga a una yegua, y un potro a una burra?

La mujer le dijo:

–Ve a ver al sultán y dile: "*Sidi*[34] sultán, el otro día planté un puñado de trigo a la orilla del mar, pero de repente salió un pez y se lo comió". Entonces el sultán te dirá: "¡Perro, hijo de perro! ¡Los peces se mueren en cuanto los sacan del mar!". Cuando te responda eso, tú dile: "Pues *sidi* sultán, ¿tú de verdad puedes creerte que una burra haya parido un caballo?".

Y así hizo el hombre. Entonces el sultán le dijo:

–¡Vete, vete, que ya sé de dónde has sacado eso que dices! Que el dueño de la yegua coja su caballo, y que el dueño de la burra se lleve su burro.

El sultán se dio cuenta de que aquello era un consejo que venía de su mujer. Así que se fue a casa y le dijo:

–Conque esas tenemos, ¿eh? Yo todavía estoy vivo; y ¿tú ya empiezas a gobernar desde casa?

–Es que lo vi llorando, me dio pena y le di un consejo –respondió su esposa.

El sultán le dijo:

–Mira: coge todo lo que quieras de esta casa. Llévate todo lo que tenga algún valor, lo que sea importante para ti, ¡y luego márchate de aquí para siempre, que ya no quiero verte nunca más!

La mujer aceptó y le dijo que iba a hacer lo que él quisiera. Entonces se fue a ver a sus criados y les pidió que le llevaran una droga. Luego la echó en la comida de su marido, y en

[34] *Sidi* (del ár. clásico: سيدي), antenombre masculino que indica respeto y cortesía.

cuanto él se puso a comer, perdió el conocimiento.

Su esposa llamó a sus criados y les ordenó que le llevaran un caballo. Les dijo que después metieran a su marido en una caja y que lo cargaran a lomos del caballo.

La mujer se llevó a su marido y se fue a la casa de su familia.

Llegó a casa de sus padres y, al cabo de unas horas, él se levantó y sacó su cabeza de la caja. Todavía no estaba despierto del todo y creyó que estaba en su casa. Entonces le dijo a su mujer:

–Ya te dije antes que te llevaras de esta casa lo que fuera importante para ti. Cógelo y vete, que ya no quiero verte nunca más en mi casa.

Y su esposa le respondió:

–¡Abre bien los ojos! Ahora estamos en casa de mis padres.

–Y ¿qué estoy haciendo yo aquí? –dijo él.

Entonces su mujer le dijo:

–Tú me dijiste que me llevara lo que fuera más importante para mí. Estuve buscando y buscando por toda la casa algo que tuviera valor, pero tú eres lo único importante que tengo. Así que, mira, te he raptado y te he llevado a mi casa.

Al escuchar aquello su marido le dijo:

–¡Ponte delante de mí! ¡Ahora tú ya eres el sultán, y yo tu ministro!

[Informante: F. S., de setenta años y oriunda de Tadmait (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 3/11/2013. Versión traducida del cabileño]

El sultán, la muchacha y el caftán[35] de mármol

(ATU 875B)

Cuentan que había una vez un sultán quiso tantear la inteligencia de la muchacha que quería. Se había propuesto ponerla a prueba. Entonces se le ocurrió una idea. Mandó llamar a su visir y le dijo:

–Quiero que vayas a buscarla y que le digas que tiene que hacerme un caftán de mármol.

El visir se quedó pasmado al escuchar aquel encargo, pero ejecutó la orden. Se fue a ver a la muchacha y le dijo que el sultán quería que hiciera un caftán de mármol.

Al principio ella se quedó asombrada, pero enseguida se dio cuenta de las intenciones del sultán. Entonces le dijo al visir:

–De acuerdo, dile que lo haré. Pero solo a condición de que el sultán me dé un hilo de arena.

Y el visir fue al palacio con el mensaje de la muchacha.

El sultán se quedó pensativo y después pensó que sería imposible conseguirle un hilo de arena.

Al cabo de un rato el visir volvió a la casa de la muchacha y le transmitió lo que le había dicho el sultán.

---

[35] *Caftán*, prenda femenina, colorida, elegante y lujosa, que cubre el cuerpo desde los hombros hasta los tobillos y que se abrocha mediante una hilera de botones situados en el pecho.

Entonces ella le respondió:

–¡Pues qué pena, señor visir! ¡No podré coser un caftán de mármol para el sultán si él no me consigue un hilo de arena!

[Informante: A. Y., de veinticinco años y originaria de Argel (valiato de Argel). Recogido el 22/3/2011. Versión traducida del árabe]

El muchacho escarmentado

(ATU 958A*)

Había una vez una anciana y su hijo que vivían juntos. Un día su hijo se fue a visitar a un vecino y se puso a jugar en su casa. Mientras estaba jugando robó una aguja y luego se fue corriendo a ver a su madre y le dijo:

–¡Mamá, mamá! ¡Me he encontrado una aguja!

Y ella le dijo:

–¡Que Dios te guarde! ¡Pues si te encuentras otra tráetela también!

Entonces él se puso muy contento, porque vio que su madre le estaba animando a seguir robando. Así que se fue una última vez a casa de su vecino y le volvió a robar otra aguja; una aguja grande y una cuerda. Robó la cuerda.

Pero, justo cuando estaba a punto de salir por la puerta, el dueño de la casa lo pilló. Y entonces lo ató con la misma cuerda que había robado.

Su madre fue a buscarlo. Llamó a la puerta y les preguntó a los de la casa si su hijo estaba allí. Le dijeron que sí, que seguía por allí. Entonces le abrieron la puerta y vio que estaba amarrado con la misma cuerda que había robado. Y ¿qué es lo que le dijo a su madre? Pues le dijo:

–¡Ay, madre, si me hubieras dicho antes que era malo robar, no habría robado la cuerda con la que me han atado!

[Informante: K. A., de veintitrés años y oriundo de Bordj Menail (valiato de Boumerdès). Registrado el 15/12/2013. Versión traducida del cabileño]

La pareja que no abría la puerta a sus padres

(ATU 980)

Érase una vez una pareja joven que vivía en una casa antigua de la alcazaba de Argel. Hacía poco tiempo que se habían instalado allí y los dos se llevaban muy bien. Se entendían de maravilla y nunca discutían.

Desde el primer día los padres del marido iban a visitar a su hijo, y los de la mujer hacían lo mismo con su hija. A ellos, al principio, les gustaba recibir visitas, pero con el tiempo pensaron que venían con demasiada frecuencia y acabaron hartándose.

Un día el marido le propuso a su mujer que no volviera a abrirles la puerta nunca más. En un primer momento la mujer pensó que no era buena idea, porque era la ella que solía quedarse en casa sola mientras el hombre estaba en el trabajo. Pero su marido insistió e insistió una y otra vez hasta que consiguió convencerla. Y desde aquel día, cada vez que llamaban a la puerta, ella hacía oídos sordos, como si no estuviera en casa.

Pasó el tiempo y la mujer empezó a echar de menos a sus padres. Llegó el momento en que ya no lo soportaba más. Así que decidió no seguir fingiendo que no estaba en casa.

Un día llamó a la puerta su padre, y ella le abrió. Se puso tan contenta que se lanzó a sus brazos y le dijo:

–¡Mi querido padre, mi querido padre!

Unos días más tarde se encontraron en la calle el marido y un vecino. El marido le contó al vecino lo que les estaba ocurriendo con las visitas. Le dijo que al principio recibían constantemente tanto a sus padres como a sus suegros, hasta que un día se hartaron y no volvieron a abrir la puerta.

El vecino le dijo que lo mejor habría sido decirles la verdad a los padres. Le dijo que había visto que su mujer se abrazaba al cuello de un hombre y que le decía: "¡Mi querido padre, mi querido padre!".

Al escuchar aquello el marido se quedó pensativo. Volvió a casa en silencio. Entró, cerró la puerta y no le contó nada a su mujer.

Un tiempo después la mujer se quedó embarazada. Cuando llegó el momento de dar a luz, la llevaron a una clínica.

En aquel instante el marido se acordó de las visitas de sus padres y empezó a suplicar a Dios:

—¡Ay, Dios mío! ¡Por favor, haz que mi mujer dé a luz a una hija que me abra la puerta!

[Informante: A. O., de veintidós años y oriunda de Tizi Ouzou (valiato de la Gran Cabilia). Recogido el 6/4/2012. Versión traducida del árabe]

CUENTOS REALISTAS Y DE INGENIO

El socio del sultán y las tripas

(El-Shamy 1223§)

Había una vez un sultán que era tan rico que ni siquiera sabía dónde guardar su riqueza.

Un día se puso a rezar a Dios:

–¡Ay, Dios! Si me quieres de verdad, envíame a alguien que me ayude y que vigile mi riqueza.

Un día Dios le envió a alguien. El hombre lo acompañó, luego comieron juntos y se hicieron socios.

Pero el socio del sultán se gastaba todo lo que pasaba por su mano. En solo unos años el sultán lo había perdido todo. Entonces se puso triste porque era el hazmerreír de los sultanes de los demás países.

Así que fue a consultar al viejo sabio y le dijo:

–¡Ay, anciano, esto y eso, y lo otro…! Le rogué a Dios que me enviara un socio. Y me lo envió, pero me dejó arruinado.

Y el otro le dijo:

–Déjale que se vaya, que se vaya de la ciudad. Deja que lo acoja su familia; que se vaya a hacerles una visita.

De modo que el sultán le dio una yegua a su socio y le dijo:

–Vete con tu familia.

Así que el socio del sultán se puso a caminar. Estuvo caminando y caminando

hasta que llegó a cierto lugar, y allí se quedó sentado. Luego se puso a jugar con un palo en la tierra y entonces, removiendo, removiendo, desenterró unas tripas y se quedó mirándolas. Se quedó asombrado y dijo:

–¡Oh, Alá es el único dios!

Y empezó a jugar con ellas. Metió el pulgar en las tripas. Después metió la boca. Metió el brazo… Las cogió, se las metió por la cabeza y se las llevó puestas como si fueran un jersey, y dijo:

–¡Oh, Alá es el único dios!

Luego se las quitó y las volvió a dejar en el suelo. Y nada más quitárselas, las tripas se encogieron y volvieron a su forma anterior. Se pusieron como antes; es decir, estrechas.

En aquel momento alguien que pasaba por allí le preguntó qué estaba haciendo. Y él respondió:

–Mira, hacen lo que yo les ordeno.

Y el otro dijo:

–¡Tienen alma! ¡Qué Dios te traicione!

Así que cogió las tripas y volvió a ver al sultán. Y le dijo:

–Haznos esto para cenar esta noche.

Y el sultán respondió:

–Pero ¿cómo quieres que te haga estas tripas para cenar?

Y dijo:

–¡Pues tú hazlas para cenar y ya está!

Y el sultán le dijo:

–Si eso es lo que quieres, vamos a cocinarlas, hijo.

El otro insistió:

–Vamos a comernos estas tripas. Comeremos y comeremos hasta que ya no podamos más.

De modo que prepararon la comida y pusieron en la mesa un plato relleno de carne. Y luego empezó a decirle a las tripas:

–¡Come, come, fulano!

Y las tripas cogieron un pedazo de carne.

Entonces él volvió a decir:

–¡Come, come, fulano!

Y las tripas dijeron:

–¡No, que ya estamos llenas!

Y él les preguntó:

–¿Por qué?

Y las tripas respondieron:

–Ya no podemos más. Dios nos hizo así.

Y él se quedó muy sorprendido, porque se dio cuenta de que a las tripas les bastaba con poca comida.

[Informante: K. H., de veintidós años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su tío, que también era originario de Bugía. Registrado el 9/4/2013. Versión traducida del cabileño]

La mujer holgazana

(ATU 1405)

Érase una vez un hombre que se había casado con dos mujeres, una inteligente y otra boba. La primera tejía albornoces y hacía trabajos de provecho, mientras que la segunda solo se encargaba de fregar el suelo.

Entonces la gente empezó a decir que la mujer lista era mejor que la otra. La primera educaba a sus hijos como tenía que ser, y la torpe los dejaba de la mano de Dios, muy sucios y en un estado lamentable.

Un día el marido les pidió a sus mujeres que lavaran la lana y que le tejieran albornoces. Una de ellas, la inteligente, lavó la lana y le tejió un albornoz, y la otra tiró la lana a las zarzas y a las retamas para que se tejiera sola. La dejó tendida a la intemperie, expuesta a la lluvia y a la nieve.

Al cabo de unos días su marido le preguntó:

–¿Dónde está el albornoz que te pedí que me hicieras?

Y contestó ella:

–Lo he dejado colgado allí fuera para que se tejiera él solo.

Y su marido le dijo:

–¿Es así como se hace un albornoz?

Entonces la echó de casa y se quedó con la otra.

[Informante: S. H., de setenta y ocho años y oriunda de Aït Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 6/12/2013. Versión traducida del cabileño]

La esposa que no comía

(ATU 1407A)

Había una vez un hombre que se había casado con dos mujeres. Una de ellas resultó ser muy buena ama de casa. ¡Era como un luis de oro! Y la otra le dijo a su marido que ella no comía casi nada, que le bastaba con un huevo.

Entonces su marido le dijo:

–De acuerdo. ¡Pues no comas nada!

–Ya te digo que me basta con un huevo. Yo no como mucho –respondió ella.

Un día su esposo se escondió en el *akufi* y se puso a observarla. Entonces vio que había comida servida y que su mujer se acercaba a comer a hurtadillas. Así que su marido le dijo:

–Conque te bastaba con un huevo, ¿eh? ¿No decías que tú no comías nada?

Y a continuación la echó de casa.

[Informante: S. H., de setenta y ocho años y oriunda de Aït Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 6/12/2013. Versión traducida del cabileño]

El sabio y las vestiduras

(ATU 1558)

Érase una vez un sabio que llevaba una vida discreta en un pueblo lejano y aislado. Cuando el rey de aquel lugar se enteró de que el sabio vivía por allí, le entró curiosidad por conocerlo y decidió enviarle una invitación para que fuera a cenar a la corte.

El anciano recibió el mensaje del rey y al cabo de unos días se presentó en palacio con su vestimenta habitual, que eran los andrajos de un vagabundo. Al verlo en aquel estado, los vasallos del rey no lo reconocieron. Al principio ni siquiera quisieron dejarle entrar, pero como él insistió e insistió en que había sido invitado a cenar, al final lo condujeron a la cocina, le ofrecieron los restos del banquete y después lo echaron fuera por la puerta trasera.

Y él, como había hecho otras veces que lo habían tratado así, no se quejó. No dijo ni una palabra.

Al día siguiente el sabio regresó al castillo, pero aquella vez se quitó los harapos que solía llevar y se puso un albornoz tradicional, mucho más elegante que los andrajos del día anterior. Entonces, cuando se presentó así en palacio, el sabio fue acogido en el salón de honor con todo tipo de atenciones.

Llegó el momento del banquete y todos comenzaron a cenar. El sabio se puso

a comer con elegancia y buenas maneras. Pero en cierto momento de la cena cambió de modales y se puso a actuar de manera extraña. Cogía la comida con las manos, después la manipulaba hasta hacer unas bolas, y cuando estaban bien compactas, las metía en el bolsillo de su albornoz.

El rey no le quitaba el ojo de encima. Al principio se quedó en silencio, porque no quería molestar a un hombre tan sabio, por raro que fuera. Pero se quedó mirándolo con la boca abierta, porque veía que estaba cogiendo los puñados de arroz y luego los dejaba caer sobre su albornoz. Y para colmo, después escuchó que el sabio se ponía hablarle a la ropa.

Cuando ya no pudo soportar la curiosidad, le preguntó:

–¿Se ha vuelto loco aquel a quien todos toman por sabio y por el hombre más sensato del pueblo?

–Pues verá su majestad: cuando me presenté en su castillo con mi ropa habitual, que es la de un mendigo, sus vasallos me dieron los restos de comida como si fuera un perro y después me echaron por la puerta trasera. Hoy, que me he vestido con esta ropa elegante, ¡mira cómo me honran! De modo que he deducido que, más que a mi persona, a quien de verdad has invitado ha sido a mi ropa. Por eso considero que lo justo es que sea ella quien coma y no yo.

[Informante: L. D., natural de Azeffoun (valiato de la Gran Cabilia). Lo aprendió de las ancianas arabófonas de Ibeskriène (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 28/3/2010. Versión traducida del árabe]

El pretendiente y el trigo

(ATU 1730)

Había una vez una mujer muy hermosa que vivía en un pueblo de la Cabilia. Aunque todo el mundo sabía de sobra que estaba casada, un hombre del pueblo, que estaba enamorado de ella, no dejaba de seguirla por todas partes. ¡No paraba de molestarla!

Como es costumbre en los pueblos de la Cabilia, cada mañana la mujer iba a la fuente para llevar agua a su casa. Y un día la mujer decidió tenderle una trampa al acosador. Salió de casa con unos cántaros y se dirigió a la fuente. Sabía que por el camino se iba a cruzar con él por la calle. Y así fue, pero en aquella ocasión, en lugar de seguir caminando y hacer oídos sordos a los piropos del hombre, se acercó a él y le dijo:

–Ven a mi casa esta noche, que el bigote[36] estará fuera.

Y el hombre, contentísimo, aceptó la propuesta sin dejarle acabar la frase.

Aquella misma noche salió de casa y se dirigió a la de su amada. Encontró la puerta abierta, la empujó y, justo al cruzar el umbral, vio al marido de la mujer, que lo estaba esperando con un fusil en la mano.

El acosador, paralizado de miedo, se echó a los pies del marido y empezó a suplicarle perdón.

---

[36] *El bigote*: apelativo despectivo que algunas mujeres argelinas emplean para referirse a sus esposos.

–Entonces, ¿quieres que te perdone? –dijo el marido–. Bueno, como veo que estás arrepentido, te perdonaré, pero solo a condición de que muelas todo el trigo que tengo en el granero. Ponte a moler enseguida, porque quiero que termines antes de que salga el sol.

El hombre no se imaginaba que en el granero iba a encontrar montones y montones de trigo. Enseguida se puso manos a la obra. Se pasó toda la tarde y la noche entera moliendo aquel trigo a toda prisa, porque le horrorizaba la idea de que el marido le diera una tunda, por haber salido el sol antes de haber acabado. Y lo consiguió justo a tiempo, pero acabó completamente agotado. Con las pocas fuerzas que aún le quedaban puso rumbo a su casa y no volvió a molestar nunca más a la mujer.

Unos meses después se hartó de su marido. No lo soportaba ni un minuto más, y un día se acordó del hombre que le acosaba en la fuente. Así que decidió ir a buscarlo. Recorrió las calles del pueblo hasta que por fin lo vio a lo lejos. Entonces se acercó a él y le dijo:

Ven esta noche a mi casa, que el bigote no estará en casa.

A lo que él hombre respondió con la voz temblorosa:

–¿Por qué me lo dices? ¿Acaso tenéis mucho trigo para moler?

[Informante: O. M., de treinta y tres años y oriunda de Argel. Registrado el 6/12/2012. Versión traducida del árabe]

La hija que recuperó el dinero

Esta es la historia de un sultán que quería ir a La Meca y que había dejado su fortuna a su hija y a su primo. Antes de emprender el viaje les dijo:

–Tened cuidado, ¡que no me roben el dinero!

La hija se quedó vigilando la fortuna de su padre. Pero su primo, que era un ladrón, robó un cofre lleno de luises de oro.

Y siempre el primo le decía:

–Vamos a hacer esto. Vamos a hacer lo otro…

Y así, poco a poco, fue robando el dinero hasta que al final no quedó nada de nada.

Cuando se enteró de que ya no quedaba nada de la fortuna, a la muchacha le entró pánico. No sabía cómo iba a explicarle aquello a su padre.

Así que se escapó. Se escapó al desierto. Y allí solo podía comer plantas, porque no encontraba nada más para comer.

Un día le creció un bulto en la garganta y se quedó muda. Allí, en el desierto, terminó perdiendo la voz y se quedó muda.

Comenzó a caminar, y anduvo y anduvo… Empezó a comportarse como si fuera una gacela. Se puso a dar saltos como las gacelas.

Un día un sultán iba atravesando el desierto en un camello. Entonces se cruzó con ella y le preguntó:

–¿Qué te ocurre?

Porque le pareció muy guapa.

Ella no respondió, y él se marchó.

La muchacha vivía bajo las palmeras. Se quedó viviendo allí, en pleno desierto, sin nada de nada…

Un día el sultán volvió a verla y le llevó comida. Le dijo:

–Te daré comida, pero solo a condición de que me cuentes tu historia.

Ella le dijo que no moviendo la cabeza; sin hablar, sin voz…

Él le dijo:

–¡Insisto! ¡Vas a comer hasta que te sacies y beberás hasta que ya no tengas más sed! Y después me contarás lo que te ha sucedido.

Ella comió hasta quedarse bien satisfecha y luego se puso a beber. En aquel momento recuperó la voz y empezó a contarle su historia.

Él le pidió que se casara con él. Pero ella no aceptó. Le dijo:

–No, no puedo aceptarlo. Tú eres un sultán, y yo no tengo nada. Soy fea. La gente dirá que la mujer del sultán es fea. Todos dirán que el sultán se ha casado con un monstruo del desierto.

Él le dijo:

–Como veo que no quieres casarte conmigo, te regalo este saquito. Ten esta moneda de mil francos. Métela en el saquito y cada día encontrarás una moneda nueva en el interior.

Ella aceptó el saquito. Lo cogió y se marchó. Y desde entonces todos los días se encontraba una moneda nueva. Cada vez que abría su saquito, encontraba más y más dinero…

El camino del desierto era larguísimo. Así que el sultán y ella tuvieron que caminar muchos días hasta que consiguieron llegar al pueblo de ella. Y cada vez había más dinero en el saco. Cuando la muchacha llegó a su casa ya había conseguido recuperar toda la fortuna de su padre.

Volvió a encontrar a su padre, que ya había vuelto de la peregrinación. Él se quedó maravillado al verla acompañada de otro sultán, montada en un caballo y con todo el dinero que su primo había robado.

Ella le contó la historia y atraparon a su primo. Le devolvió la fortuna a su padre. Se casó con el otro sultán.

Y eso es porque el buen Dios es justo.

[Informante: F. M., de cuarenta años y oriunda de Attouche (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 8/10/1013. Versión traducida del cabileño]

El amigo que pedía dinero prestado

Érase una vez un hombre al que Dios le había dado de todo en la vida. Era rico.

Una vez su amigo fue a verlo y le dijo:

–Préstame quinientos francos.

Y el rico le respondió:

–¡Ah! Conque te dé quinientos francos… Cógelos tú mismo del armario. Coge lo que quieras y luego te vas.

Los cogió y se marchó.

Después pasó un mes, pasaron tres meses… cinco meses, y volvió a casa de su amigo. Entonces le dijo:

–Mi mujer está enferma. Tenemos muchos gastos en casa. ¿Podrías prestarme mil francos?

Y el otro respondió:

–¡Ah! Conque te dé mil francos… Pues vete al mismo lugar donde cogiste el dinero y coge lo que te dé la gana.

Los cogió y se fue.

Y ocho meses más tarde volvió a verlo y le dijo:

–¡Ah, si supieras…! Estoy preparando una fiesta y la cosa no va nada bien. ¿Me das dos mil francos?

Y el rico dijo:

–¡Ah! Conque te dé dos mil francos… Ve al mismo lugar donde cogiste el dinero y coge lo que te parezca bien.

Así que fue y los cogió.

Dos meses, tres meses… y volvió. Le dijo:

–Escucha, te voy a decir la verdad. Estoy preparando el banquete de boda de mi hija. Será pronto. ¿Podrías darme dos mil francos?

Y respondió:

–¡Ah! Conque te dé dos mil francos… Ve adonde cogiste el dinero y coge lo que quieras.

Fue al mismo lugar donde había cogido el dinero las veces anteriores, pero aquella vez no encontró nada. Entonces volvió para ver a su amigo y le dijo:

–¡Pero no he encontrado dinero!

Y el otro le respondió:

–¡Ah, pues eso será porque nunca me devolviste lo que te fui prestando!

[Informante: I. M., de cuarenta y siete años y oriundo de Attouche (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 8/10/1013. Versión traducida del cabileño]

El elefante del rey

Había una vez un rey muy cruel que vivía en las montañas de la Cabilia. Todos los habitantes tenían muchísimo miedo de él y nadie en el reino se atrevía a dirigirle la palabra.

Resulta que aquel rey tenía un elefante que salía a pastar por la noche por los alrededores del palacio. Como el animal era del rey, nadie se atrevía a controlarlo, así que destrozaba los bosques y los jardines a sus anchas, sin que nadie dijera nada.

Pero un día los habitantes se dieron cuenta de que estaba acabando con su ganado, además de destruir las cosechas. Aquello era el colmo. Así que se armaron de valor y buscaron una solución entre todos. Hicieron una reunión, que se celebró en la plaza del mercado, y a ella asistieron todos los campesinos.

Después de discutir durante un buen rato, se pusieron de acuerdo en que tenían que encontrar a un valiente que fuera capaz de presentarse ante el rey y exponerle la reclamación. Pero nadie se atrevía a llevarle la queja.

Uno de los asistentes se prestó voluntario. Y después otro más; y luego un tercero.

Entonces decidieron que el primero tendría que decir: "Su majestad…". A continuación el segundo seguiría diciendo:

"Su elefante…", y el tercero tendría que exponerle la queja.

Los tres mensajeros se fueron al palacio. El rey los recibió y les preguntó por qué habían ido a verlo. Así que el primero empezó a decir:

—Su majestad…

Continuó el segundo diciendo:

—Su elefante…

Pero el tercero se quedó mudo de pánico.

Para rellenar el silencio el segundo no paraba de repetir: "Su elefante, su elefante…". El rey terminó perdiendo la paciencia y gritó:

—Y ¿qué pasa con mi elefante?

Y el segundo dijo:

—Su elefante está triste porque vive solo.

Al rey le pareció muy interesante lo que le había dicho el mensajero y entonces decidió traer otro elefante para que le hiciera compañía al primero.

Los sirvientes de palacio fueron a buscar a otro elefante. Y entre los dos animales causaron muchos más destrozos que uno solo.

[Informante: I. M., de veintidós años y oriunda de Tizi Ouzou (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 22/11/2009. Versión traducida del árabe]

El hombre respetable y el viajero

Había una vez en Cabilia un hombre que tenía fama de ser un gran sabio. Todo el mundo lo conocía y lo respetaba. Su fama llegó tan lejos que estuvo a punto de convertirse en un morabito. Todos hablaban de él y decían siempre lo mismo, que era un hombre respetable, sabio y que daba muy buenos consejos.

Cuando todavía no era tan conocido en toda la región, en una aldea vecina se enteraron de que había un sabio que vivía cerca de allí, y uno de los hombres de la tribu quiso conocerlo.

Así que un buen día cogió su burro y se fue hacia el poblado de la otra tribu. Nada más llegar, le pidió a uno de los vecinos de la aldea que le dijera dónde podría encontrar a aquel hombre sabio. El paisano lo acompañó. Por el camino se cruzaron con un hombre, y entonces el vecino le dijo al viajero:

–¡Mira! ¡Ese es el hombre de nuestra tribu que casi es un morabito!

El otro se quedó pasmado, porque el anciano famoso iba vestido con ropa muy, muy humilde. Parecía un mendigo.

Se acercó y le preguntó si era él el sabio respetable. El hombre le respondió que sí, que era él, y después lo invitó a pasar tres días en su casa[37].

[37] Antaño, cuando llegaba a la aldea un visitante de otra tribu, era costumbre que los vecinos lo hospedaran

Como todo el mundo le había hablado de aquel anciano, se lo había imaginado como un señor rico. Y cuando entraron en casa, ¡se dio cuenta de que ni siquiera tenía electricidad!

Por la noche la mujer del sabio preparó la cena. Puso la mesa con todo cuidado para agradar a su marido y al invitado.

Los dos hombres se sentaron a cenar y, como no había electricidad, la mujer se quedó alumbrándolos con una tea empapada en aceite durante toda la cena. La mujer tuvo que hacer lo mismo durante tres noches seguidas, mientras el invitado cenaba con su marido.

Al tercer día el sabio le dijo al hombre de la otra tribu:

–Me gustaría saber por qué has venido a buscarme desde tu aldea.

El otro le dijo que todo el mundo hablaba bien de él en su pueblo. Por eso él tenía mucha curiosidad por conocerlo.

Luego le preguntó cómo había conseguido llegar a ser tan conocido siendo tan pobre como era, llevando la ropa que llevaba y viviendo en una casa como aquella sin electricidad ni muebles de valor.

El hombre sabio le dijo:

–¿Te has dado cuenta de que todos estos días mi mujer se ha quedado sosteniendo la tea cada vez que cenábamos?

---

durante tres días. Se entendía que, una vez transcurrido ese tiempo, el viajero era capaz de retomar el camino con las fuerzas recobradas.

El otro dijo:

–Sí, sí, y además he visto que te trata con mucho respeto.

Y el sabio le dijo:

–Pues así empezó todo. Mi mujer me trataba con respeto. Después mis hijos empezaron a respetarme también, porque vieron cómo me trataba su madre. Con el tiempo fui muy respetado por todos mis hermanos, porque habían visto cómo me trataban mi mujer y mis hijos. Después fueron los primos, la gran familia, los vecinos… Hasta que un día ya era respetado por toda la tribu. Y entonces empezaron a llegar a mi casa de todas partes para pedirme consejo.

[Informante: R. B., de veinticuatro años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su padre, que también es originario de Bugía. Recogido el 26/9/2012. Versión traducida del árabe]

Yohá y el pato que solo tenía una pata

(ATU 785A)

Una vez a Yohá le dio por asar un pato para regalárselo al príncipe. Así que lo mató, lo desplumó y lo asó. Después lo metió en un cesto y se puso en camino en dirección al palacio. Pero al rato le entró mucha hambre, así que metió la mano en el capacho y se comió un muslo.

Luego continuó caminando hasta que llegó al palacio. Entonces dejó el pato delante del príncipe, y este le dijo:

–Y ¿se puede saber dónde está la segunda pata?

Y Yohá respondió:

–Pues es que en este país los patos solo tienen una pata.

El príncipe se levantó y caminó unos pasos. Luego se asomó al balcón y vio que, efectivamente, los patos estaban de pie sobre una sola pata, de modo que llamó a un guarda y le mandó que se pusiera a correr con un palo detrás de los animales.

El guarda obedeció inmediatamente. Cogió un palo y salió corriendo detrás de los patos. Al verse en peligro, los patos sacaron enseguida la otra pata y salieron corriendo con las dos.

Entonces el príncipe le dijo a Yohá:

–Pues, Yohá, veo que en nuestro país los patos corren con dos patas y no con una, como me habías dicho.

Y Yohá le respondió:

–Espera, mi príncipe, que yo te lo explicaré… Es normal que esos patos hayan corrido con dos patas. Si un hombre hubiera visto que le perseguía ese guarda con un palo en la mano, habría sido capaz de correr hasta con cuatro piernas.

[Informante: S. D., de treinta años y oriunda de Argel. Registrado el 24/10/2012. Versión traducida del árabe]

Yohá enamorado
y el corazón de la madre

(ATU 980 / El-Shamy 980H)

Una vez Yohá se enamoró de una muchacha. Como la quería mucho y no conseguía quitársela de la cabeza, se fue a ver a la madre para pedirle la mano de su hija. Entonces la mujer le respondió:

–Si quieres casarte con mi hija, tendrás que entregarme el corazón de tu madre.

(*La madre de esa chica era una bruja; hacía conjuros*…).

Y Yohá, como estaba muy enamorado, no pensó ni un momento en su madre. Se marchó, mató a su madre, le sacó el corazón y después fue a llevárselo a la madre de la muchacha.

Entonces la mujer accedió a entregarle la mano de su hija, y Yohá se casó con ella.

Pero pasó el tiempo, y un día él estaba caminado por la calle cuando, de repente, ¡se cayó! Se cayó y se hizo daño.

En aquel momento escuchó una voz que se parecía mucho a la de su madre, que le decía:

–¿Qué te pasa, hijo? ¿No te habrás hecho daño?

De aquella experiencia Yohá sacó la lección de que no hay nada en la vida como

una madre, porque ellas son cariñosas con sus hijos y se preocupan por ellos.

Y Yohá comprendió que lo había hecho no estaba bien.

[Informante: R. D. de cuarenta y dos años y oriunda de Makouda (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 15/4/2014. Versión traducida del cabileño]

Yohá pesa el gato

(ATU 1373)

En cierta ocasión a Yohá se le antojó comer carne. Así que se fue al zoco y compró dos kilos. Se los llevó a su mujer y le dijo:

–¡Ten, prepara carne para la comida!

Y él se fue a continuar su trabajo.

Ella enseguida se puso a cocinar. Y como le gustó mucho el olor de la carne, decidió probar un bocado. Después comió otro trozo. Y mientras cocinaba iba comiéndose la carne poco a poco sin darse cuenta de que cada vez quedaba menos, hasta que al final acabó comiéndosela toda.

Cuando volvió Yohá, le dijo:

–¡Dame de comer, que eso que has preparado huele muy bien!

Y ella le dijo:

–¡Ah, si supieras…! Ese gato me ha robado la carne mientras estaba cocinando y se la ha comido.

Yohá, sin pensárselo dos veces, cogió el gato y lo pesó. Y como vio que pesaba dos kilos, se quedó asombrado y le dijo:

–¿Cómo es posible? Este gato pesa dos kilos. Si se ha comido dos kilos de carne, entonces hemos perdido al gato. ¿Dónde está el gato? Y si estos dos kilos son el gato, pues ¿dónde está la carne?

[Informante: Y. N. de treinta y cuatro años y oriundo de Argel (valiato de Argel). Registrado el 27/4/2014. Versión traducida del árabe]

Yohá vende toda la casa excepto un clavo

(El-Shamy 1615A§)

En cierta ocasión a Yohá le dio por vender su casa. Y, aunque era grande, él no pidió mucho dinero por ella. Parecía como si no le importara venderla barata.

Entonces llegó un hombre interesado en comprar la casa. La vio, le gustó mucho y quiso comprarla.

Yohá aceptó vendérsela. Pero antes le dijo:

–De acuerdo. Por mí no hay ningún inconveniente en vendértela. Pero, ¿ves ese clavo que hay ahí dentro, en la pared? Pues, tienes que saber que ese clavo no está en venta. Aunque me compres la casa, el clavo seguirá allí, y seguirá siendo mío. Podré hacer con él lo que me dé la gana.

El hombre se quedó pensativo durante un rato, porque aquello le pareció muy extraño. Pero al final acabó aceptando. Hicieron los papeles y le pagó la cantidad que pedía. Y antes de entregarle las llaves, Yohá insistió en que el clavo seguiría siendo suyo.

Al cabo de unos días Yohá fue a hacerle una visita a su clavo. Estuvo un rato en la casa y luego se marchó. Y volvía a hacer lo mismo de vez en cuando: iba a hacerle una visita a su clavo y después se marchaba. El propietario recordaba el trato

y nunca le ponía ningún inconveniente en que fuera a visitar a su clavo.

Llegó un día en que la hija del propietario decidió casarse. Entonces el hombre se puso a hacer los preparativos de la boda, y cuando llegó la fecha del banquete, se puso a esperar a sus invitados.

Y justo aquel día Yohá se presentó en la casa cargando con el cadáver de un caballo. Entonces le dijo:

–Buenos días. He venido a colgar a este caballo en el clavo.

El cadáver del caballo desprendía un olor asqueroso. Era insoportable.

El hombre le dijo:

–¡No puedes hacerme eso! ¿Cómo se te ocurre? Hoy se casa mi hija, y yo estoy esperando a los invitados. ¡Esto es una boda! ¡Estoy preparando la casa! No puedo dejarte que hagas eso.

Entonces Yohá le respondió:

–El clavo es mío, y haré con él lo que me dé la gana.

Los dos se pusieron a gritar y a discutir. Al final decidieron ir a ver al juez para que les arreglara el asunto.

Así que se presentaron ante el juez y le contaron lo que había sucedido. Le entregaron las escrituras de la casa, y el juez leyó todos los papeles detenidamente. Cuando hubo acabado les dijo:

–El actual propietario tendrá que perdonarme, pero es evidente que Yohá tiene toda la razón. Él aceptó la condición

de dejarle el calvo para que hiciera con él lo que le diera la gana. Así que tiene todo el derecho de colgar del clavo el cadáver del caballo, por muy mal que huela. Tampoco me importa si hoy estáis celebrando la boda de tu hija. Yohá puede colgar de ese clavo lo que se le antoje.

Al momento Yohá regresó a su antigua casa y volvió a colgar el cadáver del caballo donde estaba.

Como el hombre no podía hacer nada, no le quedó más remedio que recoger todas sus cosas y marcharse de la casa. Él y su familia tuvieron que abandonar la casa.

Y Yohá se puso muy contento, pues había conseguido recuperar lo que había vendido.

[Informante: K. H., de cincuenta y seis años y oriundo de Azzefoun (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 13/1/2014. Versión traducida del cabileño]

Yohá no sabe adónde quiere ir

Una tarde, después del trabajo, Yohá volvió a casa muy triste, porque había tenido un día horroroso. Y, por si fuera poco, nada más llegar, abrió la puerta y su esposa empezó a gritarle y a reñirle.

El día no podía haber sido peor, y para colmo, al llegar a su casa, tuvo una fuerte discusión con su mujer. Así que Yohá se quedó aún más abatido.

Estaba desesperado, y como ya no podía soportarlo más, se dirigió a la puerta y pegó un grito:

–¡Ya estoy harto! ¡Me largo! ¡Me voy de esta casa!

Y su mujer le dijo:

–Y ¿se puede saber adónde vas? Al menos dime adónde vas.

Yohá no respondió. Simplemente dio un portazo y se marchó.

En cierto momento, mientras iba caminando por la calle, pasó un carruaje justo delante de él. Yohá le hizo un gesto para que se detuviera. El cochero paró, y Yohá montó sin mediar palabra.

El cochero, que lo había reconocido, le dijo:

–Hola, Yohá. ¿Adónde vas?

Entonces Yohá se enfadó muchísimo y le gritó:

–¿Cómo pretendes que sepa adónde quiero ir? Ni siquiera se lo he dicho a mi

esposa, ¿y tú, que no te conozco de nada, pretendes que te lo diga a ti?

[Informante: S. D., de treinta años y oriunda de Argel (valiato de Argel). Registrado el 24/4/2012. Versión traducida del árabe]

Yohá, el *hammam* y el huevo

Yohá vivía en un barrio muy pobre, y allí todos los vecinos tenían que buscarse la manera de llevarse algo a la boca. Un día a los amigos de Yohá les entró muchas ganas de ir al *hammam*[38]; pero como no tenían dinero, tuvieron que pensar en una treta para poder ir gratis. Entonces a uno de ellos se le ocurrió una argucia para engañar a Yohá y que les pagara la entrada.

Y, sin más, se fueron a buscarlo a su casa para proponerle que los acompañara al *hammam*. Le dijeron que les apetecía mucho que fuera con ellos, porque querían disfrutar de su compañía.

Él se puso muy contento y les respondió que sería un placer acompañarlos. Entraron todos en el *hammam*, y en cuanto hubieron terminado el baño, sus amigos se pusieron a cacarear como si fueran gallinas "¡co, co, co, co!".

Él se quedó extrañado y les preguntó qué ocurría y por qué se ponían a cacarear como gallinas. Uno de ellos le respondió que estaban poniendo huevos. Le dijo que antes habían apostado que aquel que no fuera capaz de poner un huevo tendría que pagar los baños de los demás.

Le dijeron a Yohá que lo sentían muchísimo, pero, como había sido él el único que no había puesto un huevo, le tocaba a él pagar las entradas de todos.

---

[38] *Hammam*, baño turco. En el Magreb todavía es frecuente acudir periódicamente al *hammam*.

[Informante: S. D., de treinta años y oriunda de Argel. Registrado el 24/4/2012. Versión traducida del árabe]

Yohá, los tres amigos y el plato de moscas

Un día Yohá iba caminando por la calle con tres amigos y, de repente, le entró mucho apetito. Como no llevaba encima nada para comer, les dijo que lo esperaron un momento, que iba a entrar en un restaurante. Pero tampoco tenía ni un duro, así que ingenió un truco para comer gratis…

Yohá era muy astuto, y sus tres amigos lo sabían muy bien, pero estaban seguros de que aquella vez le resultaría imposible salirse con la suya. Se preguntaban: "¿Cómo se las arreglará esta vez para pagar la comida si no lleva ni un triste dinar?". Se quedaron esperándolo frente a la puerta del restaurante.

Yohá entró y pidió los platos más suculentos y más caros de la carta: *tadjine*[39], pollo, patatas… Incluso una bandeja enorme con todo tipo de frutas. Luego se puso a comer y a comer sin parar. No dejó ni una migaja para los gatos. Y cuando ya estaba lleno del todo, volvió a llamar al camarero para pedirle todavía más comida:

[39] *Tadjine*, estofado típico del Magreb, cocido en un plato de barro que se cubre con una tapa, del mismo material, en forma de capucha. Por lo general, el *tadjine* suele prepararse a base de carne de pollo o pescado con verduras.

–Por favor, ¿podrías traerme una *chorba*[40] caliente?

El camarero se quedó pasmado. En su vida había visto comer tanto ni con tanto apetito. ¡Y todavía le pedía una *chorba* después del postre! Fue a la cocina y pidió una *chorba*. Cuando estuvo preparada, la recogió y se la llevó a la mesa.

Yohá no la probó hasta que el camarero se hubo marchado. Cuando estuvo seguro de que nadie lo estaba mirando, sacó del bolsillo un pañuelo lleno de moscas y vació todo el contenido en su plato de chorba. Y luego empezó a gritar:

–¿Dónde está el dueño del restaurante? ¡Exijo verlo inmediatamente! ¡La chorba que me han traído está llena de moscas! ¿Se puede saber qué trato es este? ¿Dónde está el respeto por los clientes?

Yohá empezó a gritar fuerte, fuerte, muy fuerte. Al escuchar aquel escándalo al dueño del restaurante le entró mucho miedo de que la reputación de su local se fuera al garete, así que le suplicó que se calmase:

–¡Cálmese, por favor! Si me promete que dejará de llamar la atención, yo le ofrezco gratis toda la comida.

Y, sin más, Yohá se levantó y se marchó el restaurante sin pagar ni un solo dinar.

---

[40] *Chorba*, sopa de fideos tradicional del Magreb oriental a base de carne de cordero, tomate, calabacín, zanahoria y garbanzos.

Una vez fuera, les contó a sus amigos todo lo que le había ocurrido. Sus amigos se quedaron asombrados. Y como ellos también querían comer gratis, entraron en el restaurante y siguieron el mismo plan.

Se comieron los platos más caros que había y pidieron todos los postres de la carta. Pero se llevaron una buena sorpresa, porque ¡no quedaba *chorba*!

Los tres amigos no sabían qué hacer. Estaban desesperados. Así que se pusieron a hablar entre ellos durante un buen rato para buscar una solución.

El camarero, que estaba cerca, escuchó la conversación de los tres amigos y fue contárselo todo a su jefe. Al instante el dueño fue a la mesa de los tres y les pidió que le pagaran inmediatamente. Y como no llevaban dinero encima, el camarero y el dueño sacaron unos palos y les dieron una tremenda tunda.

Los amigos salieron corriendo del restaurante, y mientras corrían iban gritando:

–¡Oh, Dios mío, todo lo que nos ha pasado ha sido por culpa de Yohá!

Y el jefe, desde la puerta, les respondió:

–¡Eso es, muy bien! Vosotros echadle la culpa a él. ¡Por lo menos Yohá ha demostrado ser mucho más inteligente que vosotros!

[Informante: S. D., de treinta años y oriunda de Argel. Registrado el 25/10/2012. Versión traducida del árabe]

MITÁFORAS

EDITORIAL

DIRECTORES

Óscar Abenójar · José Luis Garrosa · José Manuel Pedrosa

CONSEJO EDITORIAL

José Luis Agúndez · Sergio Callau · Alberto del Campo Tejedor · Eva Belén Carro Carbajal · Xochilquetzali Cruz Martínez · Daniel Escandell Montiel · David González Ramírez · Desirée López Bernal · Josemi Lorenzo Arribas · David Mañero Lozano · Francisco Molina Moreno · Laura Puerto Moro · Bernadett Smid

CONSEJO ASESOR

Martín Almagro Gorbea · Susana Asensio Llamas · Cristina Azuela · Xaverio Ballester · Luis Beltrán Almería · Martha Bremauntz · Araceli Campos Moreno · Claudia Carranza Vera · Gerardo Fernández Juárez · Antonio Domínguez Leiva · Ángel Gari Lacruz · Francisco Miguel Gil · Luis Miguel Gómez Garrido · Raúl Eduardo González · Luis González Fernández · José Manuel González Matellán · Margit Frenk · Gustav Henningsen · Carolina Ibor Monesma · María Jesús Lacarra · Miguel Manzano · María Antonia Martín Zorraquino · Alejandro Martínez de la Rosa · Mariana Masera · Gabriel Medrano de Luna · Pedro Moya Maleno · Pedro Piedras · José Manuel de Prada Samper · Juan José Prat · Francisco Ramírez Santacruz · Salvador Rebés · Joaquín Rubio Tovar · Marina Sanfilippo · Jesús Suárez López · María Tausiet · Dolores Thion · María Jesús Zamora Calvo · Mercedes Zavala del Campo

MITÁFORAS

COLECCIÓN DE LIBROS INDEPENDIENTES Y GRATUITOS
JOSÉ MANUEL PEDROSA, COORDINADOR

1
José Manuel Pedrosa
Heródoto y la soprano que cruzó el mar con el hombro tatuado
(2016)

2
José Manuel Pedrosa
Dante y Boccaccio entre brujas y caníbales: el cuento de El corazón devorado *en África y Europa*
(2016)

3
Alberto del Campo Tejedor
Elogio de la locura sevillana
(2017)

4
Óscar Abenójar
Primer tesoro de cuentos del Atlas telliano
(2017)

5
Óscar Abenójar
Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano
(2017)